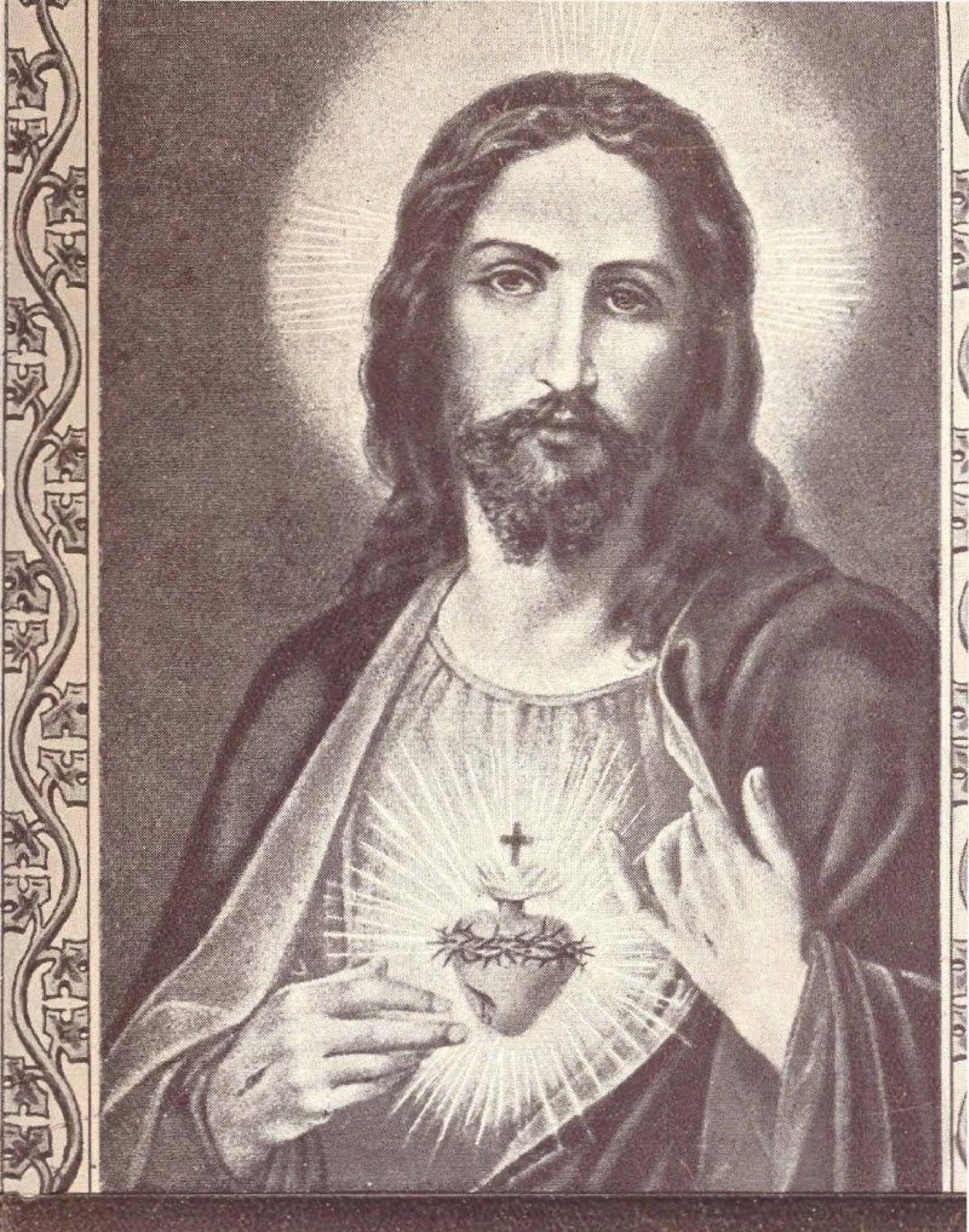


ASI AMA EL

OBISPO M. GONZALEZ

El Corazón de Jesús Sacramentado echa de menos en muchos, muchos de sus amigos el trato frecuente, afectuoso y personal con El.

(Pág. 70).

MANUEL GONZALEZ
Obispo de Palencia

ASI AMA EL

PALPITACIONES DEL CORAZON DE JESUS EN EL EVANGELIO Y EN LA EUCARISTIA



Biblioteca de
"El Granito de Arena"
Palencia

INDUSTRIAS GRAFICAS «DIARIO DIA». — Mayor Principal, 147-151. — PALENCIA

PRÓLOGO

El presente librito es sin duda de lo más fino y exquisito que ha salido de la pluma del gran Apóstol de la Eucaristía.

Lo dejó terminado antes de morir, aunque el plan concebido en toda su amplitud presentaba al ojo avizor del apóstol mayores y más ambiciosas perspectivas.

El título es verdaderamente sugeridor. El Sr. Obispo de Palencia, antes de Málaga, tenía el oído de su alma lleno de las divinas resonancias del Sagrario.

Como el Discípulo Predilecto, tuvo la santa osadía de pasarse la vida reclinado sobre el pecho del Amado. E iba contando, una a una, en la hora silenciosa del Amor, las palpitaciones del Corazón de Cristo. Se las sabía de memoria. Comprendía, con la larga capacidad visual de los limpios de corazón, el íntimo significado de aquella maravillosa curritmia, que produce, dentro del pecho de Jesús, como en una pre-

ciosa caja eufónica, el misterioso compás de sistoles y diástoles del Corazón del Hombre-Dios.

El Sr. Obispo de Palencia nos cuenta en este librito lo que él ha sorprendido del Amor de Cristo en sus atrevidas penetraciones en la más íntima recámara del Corazón Eucarístico de Jesús.

Este libro, que sale a la luz siete años después de la preciosa muerte de su autor, es, por decirlo así, el precipitado *de los exquisitos aromas eucarísticos con que el Fundador de las "Marías" perfumó tantas almas y tantas obras.*

Por ello mismo, por ser esencia concentrada, *hay que leerlo despacio, en la intimidad, muy cerca del Corazón de Jesús, a la luz del Sagrario, hasta que, empapados en su sabrosa lectura, lleguemos a sentir, a través de la puertecita dorada del Tabernáculo, el divino y misterioso* tic-tac *de las palpitaciones del Corazón de Aquel que, por amar al hombre, llegó al extremo de la locura del Amor.*

JOSÉ M.ª GONZÁLEZ, Pbro.

PRIMERA PARTE

EN BUSCA DE SU CORAZÓN

¡ASI AMA EL!

Palpitaciones del Corazón de Jesús en el Evangelio y en la Eucaristía

I.—Conocer a Jesús

¡Conocer y dar a conocer a Jesús! ¡Conocerlo y darlo a conocer todo lo más que se pueda! He aquí la suprema aspiración de mi fe de cristiano y de mi celo de Sacerdote, y la que quisiera que fuera la única aspiración de mi vida. Y no digo conocer y amar y darlo a conocer y amar, porque, con que se conozca, basta.

El que conoce con toda evidencia una verdad no puede negarla, no es libre para no admitirla; el que conoce ciertamente un bien, tampoco es libre para odiarlo o quererlo; el bien conocido y reconocido como tal bien, es necesariamente querido.

Cuando odiamos un bien es porque no lo conocemos del todo o nos engañamos tomándolo por mal; cuando queremos un mal, no es porque lo tengamos por mal, sino que, engañándonos, lo tomamos por bien. Jesús es verdadero y bueno; más aún, es la Verdad y el Bien, y se le odia, sin embargo.

¿Por qué?

Porque no se le conoce, o se le conoce muy a medias.

En el cielo, en donde es conocido con una luz más fuerte que la de la razón y la de la Fe, que es la *luz de la gloria*, como *es*, no en representación ni espejo, no hay peligro ni libertad de dejar de quererlo eternamente.

En la tierra, mientras más nos acerquemos por el estudio, la oración, la Fe y la contemplación a su conocimiento, ciertamente, más irresistiblemente lo amaremos.

Por eso ha podido El decir que la Vida eterna, o sea, la vida sobrenatural y divina, a la que nos ha elevado por su Gracia en la tierra y por el *lumen gloriae* en el cielo, no es otra cosa que el conocer al Padre y al Hijo, y más simplemente aún: el conocerlo a El.

—«Señor, muéstranos al Padre y nos basta», le dice San Felipe...

—«El que me vé a Mí ve a mi Padre», (1) responde Jesús. Esto es; la Vida eterna es conocer a Jesús de todos los modos que podamos conocerlo, con medios naturales y sobrenaturales, desde conocerlo por la historia y por la Fe hasta conocerlo y saborearlo por el *don* de Sabiduría en todo lo que pueda El ser conocido, en Sí mismo como Dios y como Hombre, en sus relaciones con su Padre Dios y con su Espíritu Santo Dios, en sus obras como Dios y como Hombre y, como en frase gráfica de San Pablo «omnia in ipso constant», en todo, tanto en lo del cielo cuanto en lo de la tierra, se descubre, se vé y se conoce a Jesús.

En ninguna otra ciencia, ni en ningún otro hecho, ni verdad, ni bien, puede descansar el alma y saciar todas sus aspiraciones como en ver, conocer, saberse y saborear a Jesús.

¡Qué bien expresaba esa suprema aspiración del espíritu aquel clamor de los gentiles que se acercaban al apóstol Felipe en el atrio del Templo: «Queremos ver a Jesús»! (2), y ¡qué admirablemente bien respondía al ansia de ese clamor

(1) (Jn. 14, 8, 9).
(2) (Jn. 12, 21).

la palabra con que Jesús llama e invita: «¡Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba!» (1).

Desde entonces, a partir de esa dulcísima invitación, el gran sediento de felicidad, el género humano, ha quedado dividido en dos inmensos grupos, el de los que van a Jesús a beber y saciarse y el de los que no quieren ir y se retuercen en las torturas de una sed rabiosa...

¡Pobres sedientos y pobres muertos de sed a un paso del torrente de aguas vivas!

Estas paginillas quisieran ser *grito y luz y fuerza* que levanten y empujen para que vean y sepan y saboreen a Jesús los que no lo conocen o lo conocen mal o a medias.

(1) (Jn. 7, 37).

2.—*Conocer a Jesús por su Corazón*

Ese, ese es el camino por donde estas páginas quieren llevar a los que las lean: conocer a Jesús conociendo su Corazón.

Si de todo hombre puede afirmarse que es bueno o malo, grande o ruin, según sea su corazón, del Hombre-Dios puede asegurarse con más razón y estricta verdad.

A todo hombre puede conocerse, conociendo cómo y a quién ama. A Jesús incomparablemente mejor.

¿Por qué? Porque en la función propia del corazón, que es el amar, está todo el secreto de su venida a la tierra en carne humana, mortal primero y eucarística después, de su vida entre los hombres, de su padecer y morir y de su perpetuarse por ellos en la Hostia de su perenne Sacrificio.

«Majorem hac dilectionem nemo habet»... (1). ¡Nadie ha amado, ni ama, ni amará más que El!

¡Conocer al Corazón de Jesús! ¡Cuántas buenas almas me han pedido un libro que trate de esto solo: qué es el Corazón de Jesús!

(1) (Jn. 15, 13).

Escribiendo estoy esas palabras y la pluma me tiembla entre los dedos; ¿atrevimiento insensato? ¿osadía sacrílega? ¿profanación del misterio de los misterios de Jesús? ¡Entrar en su Corazón, es decir introducirse en ese divino *Laboratorio* en que se han forjado la Eucaristía y la Iglesia; sumergirse en el *Manantial* del que brotan las lágrimas resucitadoras que abren losas de sepulcros y ablandan corazones de piedra y los raudales de Sangre que lavan los pecados, redimen los mundos y divinizan a los hombres; asomarse al *Horno*, y más, al *Volcán* do ha salido y sale el fuego de amor que ha impedido e impedirá que el mundo se muera de frío y de egoísmo, y que ha conseguido y seguirá consiguiendo que los hombres amen a su Dios como a su Padre y se amen unos a otros como hermanos, y hasta den la vida por su Padre Dios y por sus hermanos los hombres, que los enemigos se perdonen y se abracen y que los huérfanos tengan padres y valedores... entrar en su Corazón, esto es, aproximarse al místico *Incensario* del que se levantan blancas e inmensas espirales de alabanzas y desagravios, que satisfacen a Dios, aromas de piedad, humildad, pureza y paciencia que hacen santos a los hombres y

desinfectan esta charca inmensa de la tierra pecadora!

Todo eso e infinitamente más que eso es el Corazón de Jesús!

¿Quién puede llegar o enseñar a acercarnos? ¿Los Santos? ¿Sus hechos o dichos? ¿Los teólogos? ¿Los libros de los sabios? Muchas y muy lindas cosas del Corazón de Jesús sabemos por esos elementos; es cierto; pero también lo es que ni unos ni otros lo han dicho todo, ni se han hecho entender de todos.

Unos porque cuentan cosas muy subidas a fuerza de místicas, y otros, por fríos sistematizadores o vulgares rutinarios, impiden o dificultan el conocimiento íntimo, interno, que decía San Ignacio, personal, irresistiblemente atrayente del Corazón de Jesús como órgano de su Humanidad y como símbolo de su amor, por parte del pueblo cristiano y, me atrevería a decir, de hartos letrados y allegados.

¡Si nos diéramos bien cuenta de lo que es el Corazón de Jesús y de lo que en El tenemos!

¿Cómo? ¿En dónde encontrar ese guía?

¡En el Evangelio!

3.—*Conocer al Corazón de Jesús por el Evangelio*

No conozco guía más seguro ni más enterado, ni más a nuestro alcance. En cada página, ¿qué digo?, en cada hecho, en cada sentencia, en cada partícula y hasta en cada signo del Evangelio, palpita el Corazón de Jesús. En él no hay letra ni signo que no suene, huela, sepa a amor. Suprimid el sentido de esa palabra en el Evangelio y lo trocaréis de libro de la Vida, de la Luz y de la Paz, en fábula de absurdos y quimeras.

El Evangelio es la conjugación de los grandes verbos del corazón: amar y entregarse.

San Pablo, que ha expresado en esas dos palabras toda la obra redentora de Jesús: «Dilexit me et tradidit semetipsum pro me» (1) ha definido, del modo que puede ser definido con palabras de la tierra, ese Arca de los tesoros de Dios, al Corazón de Jesús: «El que me amó y se entregó

(1) Galat. 2, 20).

a sí mismo por mí». ¡Así! ¡Sin adverbios que limiten, condicionen, califiquen la acción inmensa de esos dos verbos!

«¿Quién —dice el venerable maestro Fr. Luis de Granada— te trajo, Señor, del cielo a la tierra, sino el amor?

¿Quién te bajó del Seno del Padre al de la Madre, y te vistió de nuestro barro, y te hizo participante de nuestras miserias, sino el amor?

¿Quién te puso en el establo y te reclinó en el pesebre, y te echó por tierras extrañas, sino el amor?

¿Quién te hizo traer a cuestas el yugo de nuestra mortalidad por espacio de tantos años, sino el amor?

¿Quién te hizo sudar y caminar, velar y trasnochar buscando las ánimas, sino el amor?

¿Quién ató a Sansón de pies y manos, y lo trasquiló y despojó de toda su fortaleza, y lo hizo escarnio de sus enemigos, sino el amor de Dalila su esposa?

Y ¿quién a Ti, nuestro verdadero Sansón, ató y trasquiló, y despojó de tu virtud y fortaleza, y entregó en manos de tus enemigos, para que te escarneciesen y escupiesen y burlasen, sino el amor de tu esposa la Iglesia y de cada una de nuestras ánimas?

¿Quién, finalmente, te trajo hasta poner en un palo, y estar allí todo de pies a cabeza tan maltratado: las manos enclavadas, el costado partido, los miembros descoyuntados, el cuerpo sangriento, las venas agotadas, los labios secos, la lengua amargada, y todo, finalmente, despedazado?

¿Quién pudo hacer tal estrago como éste, sino el amor? ¡Oh, amor grande! ¡Oh, amor gracioso! ¡Oh, amor tal cual convenía a las entrañas y a la inmensidad de Aquel, que es infinitamente bueno y amoroso y todo amor!» («Oración y Meditación», cap. 22, párr. 4, n. 25).

Perenne actualidad del Evangelio

El Evangelio es el relato de una vida y de una doctrina no sólo de un Jesús que pasó, que hizo, que dijo... sino de un Jesús que está viviendo en el Cielo y en los Sagrarios de la tierra, en su cuerpo místico, la Iglesia, y en el alma de los justos.

Es cierto que las personas y los acontecimientos, que se mueven en torno del gran Protagonista del Evangelio, pasaron; pero los tipos por aquellas personas representados y las acciones iguales o pa-

recidas a las que aquellas realizaban perduran en renovada sucesión que constantemente va reproduciendo en torno del Jesús del Sagrario, de la Iglesia y de las almas, las mismas escenas del Jesús de Palestina, con sus llamamientos y seguimientos de apóstoles, sus abandonos, cobardías y traiciones de amigos, sus conspiraciones de enemigos, sus aclamaciones y sus «crucifige» de turbas, sus atracciones de niños, de enfermos, de pecadores, sus intimidades y confidencias de almas selectas, sus deferencias y blanduras con su Madre y con las madres intercesoras.

Ese libro, en suma, escrito ayer, cuenta con palabra infalible lo que Jesús hizo y dijo ayer, amándome y entregándose por mí, lo que hace y dice hoy y lo que hará y dirá mañana y eternamente, conjugando los mismos verbos: amar y entregarse.

Este aspecto del Evangelio me regala con esta gratísima noticia: Por él yo puedo sentir las palpitaciones del Corazón de Jesús, no ya durante un período de su acción o de su vida, sino de todos los períodos y de toda su vida mortal, celestial, eucarística, mística, eterna. ¡Qué dulce alegría penetra e invade a mi alma al descubrir ese mágico secreto que la pone en disposición para conocer en cada momento qué siente y cómo palpita el Corazón de Jesús en la intimidad con sus almas fieles, en sus días y noches sin fin de Sagrarios abandonados, en las Misas de sus Sacerdotes, de los buenos y de los que no lo son, en las persecuciones y exaltaciones de su Iglesia, en su glorificación eterna del Cielo!

Grande, interesante, revelador es siempre el Evangelio como Doctrina y como Historia; pero cuando con ojos de fe viva, miro sus páginas y las veo moverse, subir y bajar suavemente, como suavemente baja y sube el pecho a impulso del corazón que guarda adentro, cuando siento que aquel subir y bajar son la sístole y la diástole del Corazón más grande, más generoso, más incansable, más inverosímilmente amante y dadivoso, el libro ya no es libro, sino un pecho vivo, la palabra escrita es una palabra hablada, el ayer es hoy, el mañana la eternidad, el milagro contado es milagro repetido, el misterio de la Doctrina no es misterio, sino claridad de mediodía, la Fe y la Esperanza casi, casi, se van eclipsando, porque por entre letra y letra, renglón y renglón, van saliendo rayos de un sol, el sol del Amor... ¡Jesús descubriendo su Corazón y repitiendo: «Yo soy» con palabra de luz y de fuego!

La letra escrita dirá: mano que bendice,

mano agujereada, ojos que miran, que lloran, que se velan, cabeza herida por espinas, pies cansados del caminar, boca abierta para enseñar, seca de sed, ardiente de fiebre...; pero la luz y el fuego que debajo de las letras salen, van diciendo: ¡El Corazón de Jesús amando y entregándose!...

¡Con qué razón y justicia el Evangelio de Jesús puede llamarse el Evangelio del Corazón de Jesús!

¿Que en aquellas páginas no se nombra ni una sola vez?

Es cierto.

Pero también es cierto que así como por la lanzada del soldado quedó «abierto el costado» de Jesús y por esa abertura podía verse y tocarse su Corazón de carne, por el espíritu de Fe y mejor, por don del Espíritu Santo, a través de cada palabra del Evangelio de Jesús puede verse y sentirse su Corazón, y por tanto, que no hay que escribir un libro sobre lo que es El, sino dedicarse a «buscarlo» en el gran libro, en el libro eterno de su Evangelio.

Esa, esa quisiera yo que fuera la ocupación de los ojos y de las inteligencias de los cristianos, leer y contemplar el Evangelio «buscando» al Corazón de Jesús sin parar hasta encontrarlo.

4.—Los buscadores del Corazón de Jesús

¡Encuentro en el Evangelio tantos modos de buscar al Corazón de Jesús y tan distintos fines en los que lo buscan!

La primera clasificación que salta a la vista es la de los «buenos y malos buscadores de Jesús».

Son buenos buscadores los que buscan a Jesús para darle algo que le guste a El u obtener de El algo de provecho propio; esto es, lo buscan bien los que lo buscan para bien.

Son malos buscadores los que buscan a Jesús para hacerle daño y, si posible fuera, para perderlo; esto es, los que le buscan para mal.

De estos, ¡cuántos descubre el Evangelio! ¡con cuánta tristeza intercala en la vida de Jesús, desde su infancia, frases como estas: «buscaban (los emisarios de Herodes) la vida del Niño» (1), «buscándolo (los fariseos o sus secuaces) para cogerlo en su palabra, para prender-

(1) (Mat. 2, 20).

lo... para perderlo... para matarlo...» ¡Qué misterio de iniquidad y de incomprensión! ¡Cuánto buscar a Jesús, al siempre buenísimo Jesús, para quitarlo de en medio!

¡Con cuánta pena ha tenido que decir a sus malos buscadores: «me buscaréis y no me hallaréis!» (1).

¡Cuánto harían sufrir y estarán haciendo sufrir al Corazón de Jesús esos malos buscadores aferrados con obstinado y diabólico empeño en buscar sus manos para traspasarlas con clavos, su boca para amargarla con hieles, su cabeza para coronarla burlescamente con espinas, su palabra para cogerlo en embustes, su cara para abofetearla, su Corazón para atravesarlo, su nombre para raerlo de sobre la haz de la tierra! ¡El, todo amor, odiado a muerte, a exterminio! ¡y no una vez en su vida mortal, sino muchas constantemente en su vida mortal y en la eucarística! ¡Qué misterio de dolor para El y de dureza de corazón y ceguera de cabeza de los hombres!

Pero aún entre los mismos buenos buscadores, ¡qué pocos del todo buenos y rectos buscadores!, es decir, ¡qué pocos buscadores de «sólo su Corazón»!

(1) (Jn. 7, 34-36).

Me explicaré.

Veo en el Evangelio a unos buscar la «mano» de Jesús, como los que le pedían que la posara sobre sus cabezas o sus ojos o sus dolencias para que los curara; veo a otros buscar el «prestigio» de Jesús como sus paisanos de Nazaret pidiéndole prodigios para no ser menos que los de Cafarnaum; veo a éstos buscar el «poder» de Jesús para recrearse en el espectáculo de grandes milagros, como los curiosos que se le acercaban diciéndole: «queremos verte hacer un milagro» (1); veo a aquellos buscar los «dineros» de Jesús para robárselos como Judas, pero ¡a qué pocos veo buscando su Corazón! ¡sólo su Corazón!

LOS BUENOS BUSCADORES

Los que buscan sólo su Corazón

¡Qué poquitos son!

Los que buscan a Jesús más que por lo que da o promete, por lo bueno que es, por lo que se merece ser buscado, es decir, por lo que es El, ¡por su Corazón!, ¡en qué escaso número se encuentran en el Evangelio! Somos los hombres tan indi-

(1) (Mat. 12,38).

gentes en nuestro ser y tan interesados en nuestro querer!

Pero, aunque en corto número, en el Evangelio se encuentran, para gloria de Dios y honor del género humano, buscadores constantes, invariables, enloquecidos, si vale decirlo así, de su Corazón.

Los tres buscadores del Corazón de Jesús

Y con más propiedad diría tres tipos de buscadores con sus características muy marcadas que son: el grupo de las Marías, Juan Evangelista y la Madre de Jesús.

A este grupo no se le conoce en el Evangelio más que una ocupación para su vida y una sola dirección para sus pasos, sus miradas y sus anhelos; a saber: buscar el Corazón de Jesús, pero cada uno a su modo.

Dejo para más adelante presentaros el modo que cada uno tiene de buscar al Corazón de Jesús; conténtome ahora con presentaros un solo cuadro en el que todos y solamente ellos aparecen absorbidos por esa preciosa ocupación.

Las horas del Sacrificio

«Muchos son, dice el autor de la Imitación, los que siguen a Jesús hasta partir

el pan, hasta la mesa; pocos los que llegan con El hasta beber el cáliz de la Pasión» (1).

Es decir, muchos son los seguidores y enamorados de las dádivas y regalos de Jesús; pero pocos los de verdad enamorados de su Corazón, y menos aún en la hora de su Sacrificio.

Poned un momento vuestros ojos en la cima del Calvario en la hora de la crucifixión de Jesús. ¿Qué dá allí Jesús?

Allí no hay multiplicación de panes ni peces, no hay curaciones milagrosas de ciegos y tullidos, no hay caricias para niños ni consuelos para los que lloran..., allí no hay más que una vida que se extingue, unos ojos vidriosos que se cierran, unas heridas que manan sangre, una boca cárdena que se reseca, unos miembros que se contraen, un amor infinito que se deshace en un infinito dolor y, cuando la vida se extingue del todo, queda de cuerpo presente un pecho abierto y un Corazón traspasado por la lanza de un soldado.

¿Quién está con Jesús en esa hora?

Responde el Evangelio:

(1) (Lib. II c. 11).

Estaban junto a la Cruz María Madre de Jesús, Juan el Discípulo a quien Jesús amaba y las Marías (1).

¡Estas son las almas que buscan a Jesús crucificado! «Sé, dirá poco después un ángel a una de ellas, que buscáis a Jesús crucificado» (2).

Esas son las buenas, las óptimas buscadoras de Jesús; las que sólo buscan su Corazón, para, con El y como El, amar padeciendo o gozando, trabajando o descansando, muriendo o resucitando...

(1) (Jn. 19, 25).
(2) (Mc. 16.6).

SEGUNDA PARTE

COMO AMA A SUS AMIGOS

1.—*Los llama y trata como discípulos*

¡Discípulos de Jesús! Ved aquí una palabra que no aparece en el Evangelio ni en la infancia ni en la adolescencia de Jesús, sino en su vida pública.

JESUS SOLO

Solo, fué en busca de Juan Bautista para ser por él bautizado.

Va solo al desierto en el que moró ayunando cuarenta días y cuarenta noches.

Solo va otra vez en busca del Bautista por la orilla del Jordán, cuando sale del desierto, para recibir el testimonio de su misión divina.

Y solo, vuelve a pasar al día siguiente por la misma orilla, sin detenerse a hablar con nadie (1).

¡Cómo palpitan de amor y de misterio estos primeros pasos solitarios de la vida pública de Jesús!

(1) (Jn. 1, 35-51).

¡Aquellos ciento cincuenta kilómetros que separaban a Nazaret de la orilla del Jordán, las idas y venidas del desierto, sin más compañía que la pena de dejar su casa, ¿por qué no sentirla?, y el ansia de darse a las almas!

Perdonadme una digresión: En la mañana que escribo estas páginas he consagrado Sacerdote a un joven monje de la Trapa; cuando mis dedos han ungido las palmas de sus manos, han tropezado con dos protuberancias, ¡dos callos del trabajo del campo con el que comparten los monjes su oración y sus estudios! Y me acordé conmovido de las manos encallecidas de otro joven Sacerdote ¡del Sacerdote Jesús, dejando el taller de Nazaret en busca del Jordán!

¿Cómo podría haber comenzado la vida pública?

¿Cómo y por dónde comenzará Jesús su Obra, su gran Obra de salvar al mundo por su ejemplo, su palabra, su pasión y su muerte? ¿Se dirigirá a Jerusalén, a su grandioso Templo, en una de sus Pascuas o solemnidades y ante aquellas muchedumbres de judíos que acudían de dentro de Israel y desde toda la tierra haría oír su palabra y confirmaría con los mila-

gros de su poder infinito su misión divina? ¿No le hubiera ahorrado tiempo y trabajo comenzar su vida pública ante aquellas muchedumbres de cientos de miles de hombres que hablaban todas las lenguas, con la transfiguración con Moisés a su derecha y Elías a su izquierda y en las alturas el Padre celestial, dando todos testimonio de El, y con claridades de sol en su cara y blancura de nieve en sus vestiduras? ¿Quién se hubiera resistido a aquella promulgación de la ley nueva y a aquella presentación del esperado Mesías?

Ese programa tan fascinador y, al parecer humano, tan eficaz, no fué el programa de Jesús.

Cómo la comenzó

Su primera aparición la hará en las riberas casi desiertas del Jordán, entre un grupo de pescadores y penitentes pidiendo al austero Juan Bautista, vestido de pieles, que lo bautice, como a uno de tantos y después desaparece para sepultarse cuarenta días en la soledad del desierto. Y cuando de él sale, ¡qué misterio tan atrayente encierra ese pasar por la misma ribera dos días consecutivos!

¿De dónde viene Jesús solo? ¿A dónde va? ¿Qué busca?

¡Su Obra!

Está comenzando su conquista del mundo; pero no al estilo nuestro, sino al suyo, al que sigue usando en su vida de Hostia oculta y callada. ¡Conquistador, no matando ni asustando, ni deslumbrando ni coaccionando, sino atrayendo por la humildad y el amor!

EN BUSCA DE DISCIPULOS

Para eso pasaba Jesús por la orilla del Jordán; buscando de entre los grupos de penitentes o sencillos discípulos del Bautista quien quisiera dejarse atraer por la humildad de su porte y el amor de su mirada...

¡Lo mismo que en el Sagrario! ¡Días y días, años y años en soledad casi absoluta esperando quién quiera dejarse atraer! ¡Qué traza de conquistador, tan distinta y tan opuesta a la usada por los hombres!

Y al segundo día se deciden dos a seguirle, Andrés y otro discípulo del Bautista, muy probablemente Juan. Jesús ha sentido sus pasos, ha vuelto el rostro atrás, los ha mirado y les ha preguntado:

—«¿Qué buscáis?» —«Maestro, ¿dónde vives?» (1).

¿No sentís palpitar en esta pregunta la emoción de una adhesión cariñosa?

Entre los hombres, primero es conocerse y después amarse; con Jesús buscado con corazón sencillo, ocurre al revés, ¡cuántas veces se le ama primero y se le conoce después!

El Corazón de Jesús ha debido estremecerse de gozo al oírse por fin llamar *Maestro*, y encontrar los dos primeros discípulos.

No se les señala día ni hora para recibirlos; los recibe al punto; ¡tenía tanta hambre de enseñar! ¿En dónde? Ni les da las señas de su casa, ¡su casa!, la primera cabaña o cueva abandonada que encontrara, ¡un mesón, si los hubiere en aquellos parajes medio desiertos!

—«Venid y ved».

Y se estuvieron con Él toda aquella noche, porque eran ya las cuatro de la tarde cuando esta invitación se hacía.

Misterio de aquella noche entera de magisterio de Jesús con dos rudos pescadores, ¡cómo nos haces sentir las

(1) (Jn. 1, 38).

palpitaciones de un Corazón dispuesto a hacer locuras por iluminar a las almas y cómo haces presentir el misterio dulce, suave e iluminador de tantas noches y de tantos días de Sagrario!

¿Qué ha estado diciendo Jesús aquella noche a Andrés y a Juan?

No lo dice el Evangelio.

Lo que sabemos es que han salido conociendo quién es Jesús y amándolo con la efusión del celo más activo por buscarle conocedores y amadores.

Andrés busca y trae a Jesús a su hermano Simón, el que debía de ser cimiento de su Iglesia; probablemente Juan trae a su hermano Santiago. Después, de estos cuatro discípulos, sacará Jesús cuatro grandes Apóstoles.

Y sabemos también que con ese conocimiento y amor del Maestro, debieron sacar un amor fraterno, tan efusivo, tan palpitante, tan nuevo, que más tarde, en los últimos encargos, cuando tenía que separarse de ellos, para ir al Padre, les ha podido dejar esta consigna: «En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros» (1).

(1) (Jn. 13, 35).

¿Amo yo así?

Si tengo que hacer de maestro algunas veces por ser Sacerdote, padre de familia, catequista, o simple consejero, ¿atraigo y uno a mí a los que he de enseñar por la humildad o el amor?

Jesús ni en el Evangelio ni en la Eucaristía es Maestro de mala cara, de palabra áspera, ni de corazón duro.

Como discípulo que soy de Jesús, a fuer de cristiano, ¿me lo conocen las gentes en lo bien que trato y quiero a todos mis *condiscípulos*, a todos, a buenos y a malos?

Espíritu Santo, ¡que yo ame así!



2.—Los nombra apóstoles

«Y aconteció en aquellos días (agudizado el odio de los fariseos) que salió (Jesús) al monte a hacer oración, y pasó la noche orando a Dios, y cuando fué de día llamó a sí a sus discípulos, a los que El quiso, y vinieron a El. Y escogió doce de entre ellos, a los que también llamó *apóstoles: para que estuvieran con El y para enviarlos a predicar»* (1).

Una de las más espléndidas manifestaciones de la bondad de nuestro Padre Dios es que, pudiendo hacer todo por sí mismo, se digna buscar y admitir la colaboración de sus criaturas y por medio de ellas repartir sus bienes.

El es la Luz y el Calor indeficientes y se digna alumbrarnos y calentarnos por medio del sol; El es la Vida y se digna repartírnosla por medio de las semillas... y en el orden sobrenatural Jesús, el Restaurador del Universo, prosigue manifestando la bondad de su Corazón a modo de su Padre: alumbra, calienta, cura, redime, vivifica, diviniza a unas almas por medio de otras.

(1) (Lc. 6, 12-16; Mt. 10, 1-4; Mc. 3, 13-19).

¡EL APOSTOL!

He aquí la gran institución del amor del Corazón de Jesús. Su más rico y abundante desbordamiento, después de la Eucaristía.

El, por sí mismo o por medio de su Espíritu Santo, ha podido tocar los ojos, los oídos y el corazón de cada uno de los hombres de ayer, de hoy y de mañana, e iluminarlos y transformarlos; ha podido y puede continuar aplicando los méritos y la virtud de su gran Obra, la que El solo comenzó y El solo consumó, de la Redención del género humano; pero ha querido, se ha dignado querer asociarse colaboradores, no de entre los espíritus angélicos, sino de entre los hombres de carne y hueso, de barro de Adán.

¡Esos son los apóstoles!

¿Qué es un apóstol?

Etimológicamente es un *enviado*; históricamente, según el Evangelio, las Epístolas y demás libros inspirados del Nuevo Testamento y la Historia de la Iglesia, el apóstol es, sí, un enviado de Jesús con una sola ocupación: *ir*, y un solo fin: salir de Jesús, *haciendo de Jesús*, y volver después de *haber hecho a Jesús* en muchas almas, para volver a salir, y así cumplir el *euntes* del mandato apostólico; es decir, a un apóstol le es todo permitido menos el estarse quieto; ¡siempre, yendo! ¡O saliendo de Jesús solo, o volviendo acompañado de almas a Jesús! El apóstol es un perpetuo viajante con este solo divino encargo: ir desde *Jesús solo hasta Jesús acompañado*. El lo dejó dicho: Yo os elegí y os puse para que vayáis...

¿Qué es hacer de Jesús?

Es: *Hablar* de Jesús, como Jesús y con autoridad de Jesús instruyendo, alumbrando, atrayendo.

Obrar con la virtud y con el estilo de Jesús, curando enfermos, resucitando muertos, consolando afligidos, levantando caídos, haciendo andar a los paralíticos, ver a los ciegos y oír a los sordos.

Amar por y a lo Jesús, o sea: decir y hacer todo esto por *amor* sin esperar paga ni recompensa, con *sacrificio* hasta morir en la cruz del cansancio, del agotamiento, de la ingratitud, del martirio de sangre, poco a poco o de una vez.

Un apóstol de Jesús es como un Sagrario ambulante con la puerta de par en par o con sus paredes transparentes para que así como en los de las iglesias se ve con los ojos del alma a Jesús a través de las especies sacramentales, en aquéllos se

vea, se oiga y se sienta a través de las palabras, las obras, el cuerpo y el alma del apóstol.

Un apóstol es el Evangelio vivó andando por nuestras calles y plazas repitiendo y renovando sus escenas de Jesús pasando sereno y generoso por entre muchedumbres hambrientas, fariseos envidiosos, niños que aclaman, turbas que vociferan y a veces crucifican...

LO QUE VALE UN APOSTOL

Grande, inmensa es la dignación del Padre celestial en haber querido valerse del sol para dar a la tierra y a los mundos toda la luz y todo el calor que necesitaban; pero es incomparablemente más valiosa y enaltecedora la dignación del Corazón de Jesús al hacer de un hombre, al fin y al cabo de barro, Apóstol suyo, distribuidor de su Luz, de su Calor, de su Vida, voz de su boca, mano de su poder, cimiento de su Iglesia, mirada de sus ojos, palpitación de su Corazón, repetidor y continuador y hasta ampliador de su Obra y de sus milagros.

¿Qué extraño que San Pablo, uno de los más grandes hombres de la Historia, honrado por el mismo Jesús en persona

y de modo extraordinario con el apostolado, exclamara con la máxima convicción repetidas veces en sus cartas: «No soy digno de ser llamado Apóstol» (1), y que el que había constituído príncipe de todos ellos, a la primera insinuación que recibe de Jesús cayera de rodillas ante El exclamando en el tono de la más sentida humildad: «Apártate de mí que soy hombre pecador»? (2).

Si en el solo nombramiento de apóstol se sienten tan fuertes las palpitaciones del Corazón de Jesús, preparaos para sentirlas más fuertes en la tierna solicitud con que prepara y escoge a los que *El quiso* para tan encumbrado oficio.

¡El Corazón de Jesús formándose sus apóstoles!

¡Qué tema tan interesante!

La elaboración de un apóstol

¡El Corazón de Jesús elaborándose sus Apóstoles! ¡En su vida mortal y en su vida eucarística a través de los siglos de su Iglesia!

Tema tan atrayente y aleccionador como difícil y lleno de misterio. Y para

(1) (I Cor. 15, 9.)
(2) (Lc. 5, 8-11).

disminuir dificultades, concreto el tema: cómo se formó el Corazón de Jesús, sus primeros apóstoles.

Con el Evangelio por guía podemos penetrar en el misterio de ese proceso.

El tiempo que emplea

Antes, detengamos nuestra atención en este contraste del Evangelio: Jesús realiza sus más grandes milagros en un instante; en la formación de sus apóstoles emplea los tres años largos de su vida pública, los cuarenta días de su vida de resucitado en la tierra y la consuma con la venida y la acción del Espíritu Santo.

Para curar enfermedades inveteradas, incurables, para resucitar muertos, para alimentar muchedumbres de miles, para atraer y convertir pecadores endurecidos, tiene ordinariamente bastante con una palabra, una imposición de mano, una mirada, un gesto, el paso de su sombra, ¡un instante de presencia suya!; para hacer de un pescador de peces un pescador de hombres, ¡cuántos pasos, cuántas instrucciones, cuántos ejemplos, cuánta paciencia, cuánto tiempo! ¡Lo que cuesta un apóstol al Corazón de Jesús! ¡Lo que más le cuesta! ¡Qué estudio tan interesante seguir a Jesús en esa elaboración lenta,

gradual, dura a veces, frustrada otras, difícil siempre!

Para proceder con claridad, distingo dos aspectos en la elaboración del apóstol: Primero, la selección, y segundo, la formación propiamente dicha.

LA SELECCIÓN DEL APOSTOL

Está patente en el Evangelio esta clasificación de los que rodean a Jesús: grupos escogidos y masa.

A partir de los dos primeros discípulos Andrés y Juan que Jesús atrae a su paso por la orilla del Jordán, aumentaba por día el número de sus discípulos y seguidores.

¿Fueron todos llamados uno a uno o con invitación especial?

No lo dice el Evangelio, aunque lo da a entender. ¡Qué tema tan apropósito para descubrir palpitaciones del Corazón de Jesús! ¡Sus modos y ocasiones de llamar en su seguimiento!

Lo que se dice con una abundancia preciosa de pormenores es la gradación, el trámite, por así decirlo, que se ha dignado guardar en la selección de un grupo de entre la masa de los discípulos. No

consta en el Evangelio el trámite de todo el grupo; pero sí de sus figuras principales.

El Santo Evangelio nos descubre expresamente los tres tiempos en los que Jesús ha ido elaborando la selección de cuatro grandes figuras del apostolado, Pedro, Andrés, Juan y Santiago.

Primer tiempo

que pudiera llamarse el *postulantado*: Apenas iniciada la vida pública, Jesús invita al primer núcleo apostólico constituido por cinco y quizás por seis: Pedro, Juan, probablemente Santiago, Andrés, Felipe, y Natanael, que es, según todos los indicios, Bartolomé.

No siguieron a Jesús de modo permanente estos primeros invitados, sino que transcurridos unos días o unas semanas, tornaron a sus quehaceres habituales, y esto no por inconstancia o infidelidad de los seguidores, sino por designio del que los llamó.

¿Para excitar más sus deseos y hacerles sentir más el atractivo e interés de la vida apostólica? ¿Para que en el apartamiento de las muchedumbres y en el remanso del hogar se dedicaran a una rumia espiritual de cuanto en Él y en torno de Él habían visto y oído? ¿Para disponerlos mejor a la renuncia consciente de todo y de ellos mismos que exigía esa vida?

No lo sabemos.

Segundo tiempo

El noviciado: Al final del primer año de vida pública (1), Jesús vuelve a encontrarse en la orilla del Tiberiades a Pedro y a su hermano Andrés; ante la muchedumbre que le oprime entra en la barca de Pedro y desde ella predica, después le manda internarse en el mar y echar las redes, que salen rotas de henchidas de pesca y a Pedro y Andrés dueños de la barca, y a Santiago y Juan, que con la suya vinieron a ayudarles a sacar la red, dice: «Venid en pos de mí, y haré que vosotros seáis pescadores de hombres».

Poco después pasa por delante del telonio del publicano Mateo, y le dice: «Sígueme», y levantándose dejándolo todo, le siguió (2).

Tercer tiempo

La profesión: ¡qué preámbulo tan bello! ¡Una noche entera de oración solo en el

(1) (Lc. 5, 1-12).
(2) (Mc. 2, 13-17; Lc. 5, 27-32).

monte! Al amanecer selecciona a doce, a los que *quiso*, y los nombra *apóstoles*. Entre ellos los repetidamente llamados. Y mirad con qué orden: nombra el primero a Pedro, y el último a Judas; de entre los doce, seis son tres parejas de hermanos, Pedro y Andrés, Santiago y Juan, Santiago el Menor y Judas Tadeo; éstos dos últimos, primos de Jesús.

Yo veo en esas repetidas retiradas e invitaciones la realización del plan de la misericordia de su Corazón de salvar a los hombres por medio de otros hombres, y siento en ese proceder una de las palpitaciones más fuertes del Corazón de Jesús; en esa su paciencia de llamar y despedir para volver a llamar, veo el designio del Maestro de darse a conocer de todos los modos a los que más que todos los hombres necesitaban conocerlo. Si no hay más vida sobrenatural que la que da el conocimiento amoroso de Jesús, y dar y difundir ese conocimiento es la obra esencial del apóstol, nadie debe conocer más y mejor a Jesús que su apóstol.

Esa es la *única asignatura*, no escrita sino viva, de la carrera de apóstol: saberse a Jesús de todos los modos, y esa es la *única* que quiere enseñar Jesús: darse a conocer, solo y acompañado, presente y echado de menos, público y privado, visto

de cerca y de lejos, aclamado y perseguido, abofeteado y escarnecido, glorioso en el cielo y sacramentado en la tierra, y darse a conocer no sólo a los ojos y oídos de carne, sino a la cabeza, al corazón, y hasta al instinto de los que han de ser sus apóstoles.

Ved, si no, la gradación con que se va dando a conocer a los que preparaba para apóstoles; el primer llamamiento a los cinco se hace por Jesús sin acompañamiento de gentes, sin aureola de milagros, sin sermones; no más el «Ven», el «Sígueme». ¡*Jesús solo*! ¡Primera lección!

El segundo llamamiento se hace por Jesús asediado de muchedumbres hambrientas de verlo, oírlo y estar con Él y en plena florescencia de milagros. ¡Jesús *buscado y seguido*! ¡Segunda lección!

El tercer llamamiento, el definitivo, se hace, es verdad, bajo un cielo de aclamaciones de las gentes y maravillas de palabras y obras de Jesús; pero sombreado con nubes de maledicencias, envidias y maquinaciones de fariseos y escribas: ¡*Jesús querido, discutido y odiado*! ¡Tercera lección!

Sin atreverme a afirmar que con esas tres lecciones los seleccionados se sabían ya a Jesús *por entero*, sí aseguro que tenían bastante para prestar *razonable* acep-

tación al cargo que les ofrecía y a las renuncias y asperezas que éste les imponía.

Si vale una metáfora didáctica moderna, diría que los seleccionados para el apostolado eran *bachilleres* de la carrera apostólica.

Hecha la *profesión* de vida apostólica, ¡cuántas lecciones les quedaban por aprender para llegar al *doctorado*! Su fórmula suprema será la afirmación que más tarde hará el Doctor de las gentes, San Pablo: «Yo no sé más que a Jesucristo, y éste crucificado!» (1).

Ese es el apóstol: el hombre que sabe y se sabe a Jesucristo, y no cuenta con sitio, ni tiempo, ni ganas para saber más.

LA FORMACION DEL APOSTOL

«Y los llamó apóstoles para que estuvieran con El y para enviarlos a predicar» (2).

El doctorado apostólico

Jesús ha nombrado a doce *apóstoles*. ¿Para qué?

Os invito a que os detengáis conmigo en la consideración de esas palabras que

(1) (1 Cor. 2, 2).
(2) (Lc. 6.13; Mc. 3.14).

expresan el fin y la intención de aquella obra que Jesús había querido inmediatamente preparar con una noche de oración y mediatamente con las repetidas llamadas de que os hablé antes.

¿Para qué, dice el Evangelio, Jesús seleccionó a aquellos doce hombres?

Para dos cosas: 1.ª, para que estuvieran con El, y 2.ª, para enviarlos a predicar.

Después, consideradas esas palabras, se verá que en realidad esas dos cosas no son más que una: ir a predicar estando con Jesús, o más breve, *ir haciendo de Jesús.*

a) Estar con Jesús

¿Recordáis la terminación de aquel encantador diálogo de los dos primeros discípulos con Jesús: —«¿En dónde vives, Maestro?» —«Venid y ved». «Y fueron y estuvieron con El todo el día» (1).

¿El fruto de estar aquel día con Jesús? Nos lo presenta el grito que proferían al separarse de Jesús y ver a sus hermanos: «¡Hemos encontrado al Mesías!» ¡Habían comenzado a conocer a Jesús!

(1) (Jn. 1, 38-39).

Estar con Jesús íntimo

Pues bien, ya no es un día el que van a estar con Jesús sus primeros apóstoles, sino muchos días y muchas noches; van a ver al Jesús que ni el vulgo ni las muchedumbres verán; van a estar *con Jesús íntimo*, van a comer en su mesa, a dormir bajo el mismo techo o sobre el mismo duro suelo, cuando les toque dormir al raso; van a verlo sudoroso, fatigado y a sudar y a fatigarse con El del tanto andar, hablar y ser oprimido por las muchedumbres; van a sorprenderlo en sus coloquios con su Padre del Cielo y con su Madre de la tierra; lo van a ver llorar y van a llorar con El ante muchas lástimas de los cuerpos y de las almas; se sentirán bañados muchas, muchas veces, por las miradas bondadosas con que acompañaba las explicaciones de lo que no habían entendido, los comentarios de los éxitos favorables o desfavorables del día, las condescendencias y cariñosas correcciones de sus flaquezas, la gratitud con que acogía sus fidelidades y generosidades; se darían cuenta de la naturalidad con que decía y hacía las cosas sobrenaturales, de la serenidad de su tono, de la paz que exhalaba, de las delicadezas con que corregía sin lastimar, con que les dejaba lo mejor y más cómodo y menos expuesto de la comida, del descanso y de las ocupaciones, reservando para sí, sin que apenas lo advirtieran, lo peor y más duro y arriesgado.

¿Pero, quién puede describir, ni bosquejar lo que son, lo que enseñan, lo que revelan, lo que hacen *sufrir* y gozar y transformarse dos años de intimidad con Jesús, viviendo en el inefable menudeo de los por qué, los cómo y los para qué de su decir, de su hacer, de su padecer, de su proyectar y de su entregarse cada día y cada hora a su única aspiración, su sueño, su Obra: sacrificarse por la glorificación de su Padre y la redención de los hombres?

Estar con Jesús íntimo como participante

Una sencilla observación ayudará a dar mayor relieve a este misterio: Los apóstoles no asistían a esa vida íntima de Jesús como meros e impasibles observadores, sino como participantes en una verdadera comunidad de trabajos y descansos, de dolores y gozos, de derrotas y triunfos.

De esa comunidad en el modo de vivir tenía que surgir otra comunidad más íntima y espiritual en el modo de ser...

No eran sólo los ojos de los apóstoles los que se ocupaban en ver lo que pasaba en torno de Jesús, ni los pies en andar los

caminos con El, sino la cabeza en aprenderlo, enterarse más de El y admirarlo cada vez más, el corazón en sentir la cercanía, el fuego y las palpitaciones de aquel gran Corazón que se asomaba por aquellas miradas, por aquellas palabras, por aquellas obras y por todos los poros de aquella Humanidad y por todas las manifestaciones de su actividad y era, en suma, la vida intelectiva, sensitiva, y operativa de aquellos hombres que se plasmaban en la vida humana y divina de Jesús.

Seguía la elaboración del apóstol: el conocimiento, si vale decirlo así, al menudeo de Jesús se iba convirtiendo en simpatía, compenetración, en amor de Jesús y de todo Jesús, y el amor en imitación interior y exterior, casi en reproducción de Jesús.

b) JESÚS TRANSFIGURADO

Jesús, que ha dispuesto darse a conocer y a amar al mundo por medio de sus Apóstoles, persiste en su empeño de que estos lo conozcan de todos los modos que puede ser conocido.

Después de ver a Jesús íntimo entre sus Apóstoles, detengámonos unos momentos

en otro aspecto suyo con que se dignó regalar a tres de aquéllos, sus más íntimos.

Toma consigo a Pedro, Santiago y Juan y los lleva aparte solos a un monte alto y, mientras oraba, se transfigura delante de ellos y su rostro resplandece como el sol y sus vestiduras tornáronse resplandecientes y en extremo blancas como la nieve.

Y al momento, se les aparecieron Moisés y Elías en forma gloriosa, hablando con El (1).

¿Por qué se transfigura Jesús?

El Papa San León, en su sermón sobre la Transfiguración, levanta el velo de ese gran misterio y nos introduce en los secretos motivos que tuvo Jesús para abrir aquel espléndido paréntesis en su vida ordinaria en favor de aquellos tres hombres.

Tres motivos apunta el Santo Padre y a cual más poderosos.

I) *Para prevenir el escándalo de la Cruz y el vilipendio de la Pasión*

A los que, por decirlo así, nacemos ado-

(1) (Mt. 17, 1-9; Mc. 9, 2-8; Lc. 9, 28-36).

rando y reverenciando a Jesús clavado en una cruz, no nos es fácil darnos cuenta del inmenso descalabro, de la conturbación honda que debió recibir la fe de los Apóstoles ante el espectáculo de Jesús preso y atado, abofeteado y escupido, condenado a muerte y ejecutado en un patíbulo.

¿El Omnipotente preso? ¿el Justo condenado?, ¿el Inocente enclavado en Cruz?, ¿el Salvador sin salvación?, ¿el Rey libertador escarnecido por la soldadesca?, ¿el seguido, aclamado y abrumado por las muchedumbres, abandonado? ¿Dios muerto?

¿No es verdad que cada pregunta de estas, era bastante para poner en peligro o quebranto a la fe más inquebrantable?

Tan dura era la prueba, tan inminente el peligro de confusión que aun entre aquellos tres mismos privilegiados con la visión de Jesús entre resplandores y blancuras y voces de gloria, uno solo, Juan, ha permanecido fiel, inconmovible en la fe y en la adhesión en la hora del escándalo de la Cruz y de la abyección de la Pasión; de los otros dos uno huyó, Santiago; y otro, Pedro, llegó a negarlo...

Jesús, Jesús, ¡qué falta nos hace a tus apóstoles llenar bien la retina del alma de la visión sobrenatural de la cruz de tu gloria que tienes como comprimida bajo los velos de tu Humanidad y de las especies sacramentales para con ella *verte y hacerte ver*, en el escándalo del Sagrario abandonado o profanado y en el vilipendio de la Pasión que con lenguas, manos, pluma y toda suerte de armas te hacen constantemente sufrir tus enemigos en tus Sacerdotes, templos, escuelas e instituciones! ¡Cuesta tanto ver triunfos en las derrotas aparentes de Jesús y de su Iglesia en el mundo!

Esa, esa es la gran obra de la fe del apóstol: *ver y hacer ver*, a través de todas las desfiguraciones que el odio y el abandono amontonan, a Jesús radiante de luz y de gloria.

II) *Fundar la esperanza de la Iglesia*

¡Qué gran favor y qué poderoso aliento para nuestra esperanza! Estos mis pies que, andando por caminos de abrojos, van dejando huellas de sangre; estas mis manos encallecidas de tanto trabajar, o agujereadas por clavos; esta mi frente punzada con las espinas de una corona; estos surcos de mis mejillas de las reciedumbres de los soles y del escozor de las lágrimas, por ser pies, manos y frente, y mejillas del cuerpo místico de Jesús, estoy cierto, porque El me da la certeza, de que un día,

que será día eterno sin noche, despedirán fulgores de sol, y blanca blancura de nieve.

¡Con qué gozo canta, más que escribe, el Apóstol San Pablo el himno de la claridad futura: «Estamos aguardando al Salvador Jesús, Cristo Señor nuestro, que transformará nuestro vil cuerpo, y lo hará conforme al suyo glorioso!» (1).

III) *La confirmación y elevación de la ciencia del Apóstol.*

El conocimiento que de su Jesús tenga el Apóstol, debe ser tan inconmovible como ilustrado. Su fe ha de ser la roca en que descansen los creyentes y el arsenal en que se fortifiquen y reparen.

¡Qué pródigamente acude Jesús a ese robustecimiento y elevación de la fe de sus íntimos!

En aquella excelsitud del monte los Apóstoles oyen hablar y dar testimonio de Jesús a su mismo eterno Padre y a Moisés y Elías, la más augusta representación de la Ley y de los Profetas.

¿Qué testimonio le falta a Jesús?

¡Con qué seguridad podía decir después

(1) (Filip. 3, 20-21).

el Apóstol San Pedro: Nosotros oímos también esta voz venida del cielo *y vimos su gloria,* estando con El en el monte santo» (1).

¡Con qué plenitud de certeza natural, histórica, sobrenatural y profética, se formaba el conocimiento de Jesús en el alma de sus Apóstoles!

De esa suerte el Apóstol por su *fe viva* estará tan lleno de la visión de Jesús triunfante y del gusto anticipado de su posesión por su *esperanza*, que cuando la fe y la esperanza de los demás vacilen o desmayen al choque de los fracasos, de las tentaciones y de los desalientos, verá luz en las tinieblas, triunfo en la derrota y podrá gritar con la misma ingenua alegría de San Pedro en el Tabor: «¡Señor, qué bien se está aquí»! o con el gozo y la firmeza de San Pablo: «Nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos escándalo, para los gentiles insensatez» y «lejos de mí gloriarme más que en la Cruz de Cristo...» en el cual está la salud, la vida y resurrección nuestra (2).

Eso es ver a Jesús como es y su acción como El la ve.

(1) (II Pet. 1, 18).
(2) (I Cor. 1, 23; Gal. 6, 14).

c) LO QUE DICE Y DA A SUS APÓSTOLES JESÚS TRAICIONADO POR UNO DE ELLOS

Otro aspecto de Jesús que debían conocer y aprender muy bien los discípulos de la escuela apostólica.

Aspecto interesantísimo

¡La traición! Esa negra sombra, ese horrible espectro había de perseguir a Jesús, desde su cuna hasta la cruz, y desde la cruz hasta el último altar y el último Sagrario de la tierra...

¿No había de interesar al aprendiz de apóstol ver la cara de Jesús cuando era mordido, día tras día, hora tras hora por la intención malévola, la palabra hipócrita, las obras envenenadas del amigo, del íntimo, del apóstol traidor, y aprenderse bien la mirada, el gesto, la delicada advertencia, la confianza con que lo sobrellevaba y hasta lo regalaba?

¡Qué lección tan transcendental para un apóstol contemplar a Jesús dando de comer de su pan y de beber de su copa y oyendo y respondiendo y rodeando de delicadezas, no una vez, ni un día, sino durante las noches y los días de tres años, al que sabía de cierto que anidaba en su

corazón y en sus intenciones el propósito de robarle constantemente las limosnas ofrecidas por los fieles, de murmurarle y de venderlo al cabo, por unas monedas, a sus encarnizados enemigos! Descubrían tan al vivo y en toda su magnanimidad al Corazón de Jesús y se preparaban tan aptamente para saber tratar a los ineludibles traidores, encubiertos los unos y descubiertos los otros, que sobre ellos y sus sucesores habían de caer en la sucesión de los siglos! ¡Los falsos hermanos! ¡El ejército de hipócritas explotadores de la Sangre de Jesús y de los pueblos!

Misterio de misterios

Si la elección de Judas, a sabiendas de que había de ser traidor, es un gran misterio del Corazón de Jesús, la paciencia en padecerlo casi tres años en vida íntima, es misterio de misterios.

Quizá levante un poco el velo de ese misterio el considerar la conducta de Jesús con Judas como la obra maestra, la prueba cumbre, el ejemplar más acabado de la misericordia de su Corazón que quería grabar en el corazón de sus apóstoles.

Si vale la frase, yo diría que toda la razón de ser de Judas en el colegio apostólico era que el Corazón de Jesús «luciera»

toda su misericordia y todo su respeto a la libertad humana, y enseñara a sus apóstoles del modo más eficaz a desarrollar su apostolado movidos por esas dos grandes fuerzas directrices.

La gran regla apostólica

El fruto de la acción combinada de estas dos fuerzas habría de ser esta gran regla de acción apostólica: Hacer todo lo que se puede hacer por las almas, sin que se espere nada de ellas.

«Benefacite... nihil inde sperantes». (1) Fijáos en el contraste entre el *benefacite* y el *nihil sperantes*. ¿Hacer por las almas? Todo el bien, sin límites ni medida. ¿Esperar? Nada.

¡Cuántos triunfos y totalmente sorprendentes ha producido, y cuántos desalientos y cálculos humanos ha impedido la aplicación de esa regla!

La aplicación de la regla

Reflexionemos en estos contrastes que pone el Evangelio en la conducta de Jesús:

(1) (Lc. 6, 35).

1.° Entre los fariseos y Judas: El mismo Jesús que trata y desenmascara duramente a los fariseos, no tiene una palabra dura jamás para tratar a Judas. A aquéllos llama repetidas veces y en voz alta hipócritas, sepulcros blanqueados, soberbios, ladrones, homicidas, sacrílegos, y a Judas, no.

Entre los otros apóstoles y Judas:

2.° Para algunos de sus apóstoles más fieles tiene palabras de dura corrección y de reproche severo; a Santiago y a Juan les dice: «No sabéis lo que pedís» (1); a Felipe: «¿Tánto tiempo con vosotros y aún no me conocéis?» (2); a Pedro: «Retrocede, Satanás» (3) y nominalmente le profetiza sus negaciones (4).

A Judas no consta lo que privadamente le advertiría; pero delante de los otros y personalmente a él no dice nada.

Y en cambio, ved qué distinciones tan delicadas: Lo elige para ser uno de los doce (5), lo encarga de la administración de las limosnas (6), repetidas veces anuncia la traición sin señalar

(1) (Mt. 20,22).
(2) (Jn. 14,9).
(3) (Mt. 16, 23).
(4) (Mt. 26, 34).
(5) (Mt. 10, 4).
(6) (Jn. 12, 6).

persona: «Pero entre vosotros hay algunos que no creen» (1). «¿No soy Yo el que os escogí a los doce y con todo uno de vosotros es un diablo?» (2), y, sin indicar la persona conmina el terrible castigo que le espera: «Ay del hombre por el que el Hijo del Hombre será entregado» (3). Inminente ya la hora negra de la traición, sube de punto hasta lo indecible la delicadeza del Corazón de Jesús en advertir, sin señalar al traidor: «Uno de vosotros que come conmigo me entregará» (4), «Y mojando en vino un pedazo de pan, lo dió a Judas, hijo de Simón Iscariote» (5) y apremiado por su amor hacia aquel protervo, le lava los pies, como a los demás y, muy quedo, al oído le dice: «Lo que has de hacer, hazlo pronto» (6) no para empujarlo al abismo de su pecado, sino al de su amor; y todavía, en el momento mismo de consumarse la traición, se deja besar y tiene para el traidor la palabra dulcísima de ¡Amigo!, junto con una suprema y encarecida invitación a la

(1) (Jn. 6, 65).
(2) (Jn. 6, 71).
(3) (Mc. 14, 21).
(4) (Mc. 14, 18).
(5) (Jn. 13, 26).
(6) (Jn. 13, 27).

reflexión y al arrepentimiento: «¿Con un beso entregas al Hijo del Hombre?» (1).

¿Qué más pudo hacer Jesús por Judas?

¿Qué más ha podido hacer el Corazón de Jesús?

Un salvador que se ha puesto por norma inexorable respetar la libertad humana, ¿qué más ha podido hacer? ¿qué más milagros de paciencia y delicadezas de misericordia podía derrochar para salvar a aquel hombre obstinado en ser traidor? y cuenta que sabiendo por anticipado Jesús con su ciencia infinita lo infructuoso de su acción misericordiosa sobre Judas, pudo ahorrársela; pero como a más de salvador era maestro, prefirió dejar probada hasta la saciedad con su ejemplo a los que constituía salvadores y maestros del mundo la que había de ser la gran regla de su apostolado, a saber: derrochar misericordia y paciencia por tratar de salvar un alma *¡hasta lo imposible!* y *¡sin esperar nada!*

(1) (Lc. 22, 48).

¿Fué perdida la acción de Jesús sobre Judas?

¡Qué horror! El mismo día probablemente, en el que se hacía la Redención, se condenaba un apóstol.

Judas no sacó provecho del derroche de misericordia del Corazón de Jesús para con él; pero los apóstoles de entonces y los de todas las edades, entre otros muchos provechos, han obtenido dos: el de haber sacado el retrato del Corazón de Jesús en su mejor postura y el gráfico más completo de su apostolado.

Después de esa conducta, ¡con cuánta autoridad puede mandar el Maestro a sus Apóstoles que vayan a predicar el Evangelio al mundo entero, a los ignorantes y a los sabios, a los fáciles de convencer y a los difíciles y obstinados, y decir a Pedro que le pregunta cuántas veces ha de perdonar a su hermano, si por ventura siete; «Setenta veces siete» (1), y puede sentar en la parábola del trigo y la cizaña la arriesgada doctrina de máxima caridad y paciencia de no arrancar la cizaña por respeto al buen trigo.

Ante el misterio de Jesús sereno, y hasta deferente, con su amigo y apóstol traidor, durante tres años, ¡qué bien se facilita y entiende dar perdón al enemigo, aunque no lo pida y siga odiando, el ir a los lobos como corderos, el presentar la mejilla al que le hirió en la otra, el hacerse pequeño para ser grande y todos esos *imposibles humanos* de la Ley evangélica!

(1) (Mt. 18, 22).

Judas, y todos los judas que Dios permita en su Iglesia, son ciertamente una mancha negra, muy negra, pero indispensable para que destaque y se pruebe la grandeza del Corazón de Jesús y del corazón de sus apóstoles.

d) LA LECCIÓN DE LOS FRACASOS

Leyendo despacio el Evangelio y observando la vida que lleva Jesús en el Sagrario, parece que una de las lecciones que con más empeño y frecuencia nos da es la de sus *fracasos.*

Ved aquí tres grandes *fracasos,* al parecer, de Jesús.

1.° *Fracaso de su vida oculta.*

Se lleva viviendo la mayor parte de su vida, casi treinta años, en Nazaret, como buen hijo, buen obrero, buen vecino, ¡bueno en todo!, y en vez de ganarse el aprecio y la veneración de sus paisanos, como era natural y justo, cuando se pre-

senta a ellos predicando y con fama de hacer milagros, excita su envidia y hasta el siniestro empeño de matarlo arrojándolo desde lo alto de un monte.

2.º *Fracaso* de su vida pública: después de tres años largos de milagros, predicación celestial y ejemplos santos, ¿qué le queda? ¡Su Madre, un discípulo y unas cuantas mujeres alrededor de la Cruz en que lo ajusticiaron!

3.º *Fracaso* de su vida eucarística: años y siglos viviendo en miles de Sagrarios que nadie o casi nadie visitará, o que muchos, muchos profanarán de horribles maneras...

¡Benditos e iluminadores misterios de Dios!

El fracaso de la Vida oculta, es el triunfo del amor *humilde*; el *fracaso* de la Vida pública es el triunfo del amor *misericordioso*, y el fracaso de la Vida eucarística es el triunfo del amor en *perpetuo sacrificio*.

Si el mundo no ha saltado ya roto en miles de pedazos por la soberbia, la ferocidad y la lujuria de los hombres, y todavía hay hogares felices y hombres y mujeres que se sacrifican por sus hermanos y viven como ángeles, se debe a que sobre la misma tierra y sobre los mismos techos que los malos y los buenos viven, pasó y

mora la humildad, la misericordia y el amor oculto y callado del Corazón de Jesús.

Dominadores por el orgullo y la injusticia, vosotros sí que sois los tristes y eternos fracasados de la vida; por una ley histórica inexorable vuestros triunfos de un día se trocarán en fracasos sempiternos.

No lo olvidéis, fracasados de Jesús; confiando en El e imitándolo, ¡no hay fracasos ni reales ni definitivos!



3.—*Los llama amigos y conocedores de todas sus confidencias*

«Ya no os llamaré siervos, sino amigos» (1).

Ved por qué grados va haciendo subir Jesús a los que prepara para apóstoles suyos: primero, discípulos; después seguidores temporales; más tarde compañeros de sus peregrinaciones y participantes de su modo de vivir.

¡Qué bien se va cumpliendo la palabra del evangelista de que Jesús preparaba a los que había de enviar a predicar, «haciendo que estuviesen viviendo con El» (2).

Y antes de morir, en la última cena, los proclama *amigos*, dándoles precisamente la razón de que «el siervo no sabe lo que hace su Señor», y ellos, casi a los tres años de vivir vida íntima con El, no sólo sabían lo que hacía en público y en privado su Señor, sino lo que pensaba y sentía. «Os he llamado amigos, porque todo lo que he oído de mi Padre os lo he dado a conocer». «Vosotros, les dice en la

(1) (Jn. 15, 15).
(2) (Mc. 3, 14).

última cena, sois los que habéis permanecido conmigo en mis tentaciones o pruebas» (1).

DOS GRANDES REGALOS DE JESUS

¡Qué dos regalos tan grandes, tan magníficos, hace el Corazón de Jesús a sus apóstoles; su amistad y el motivo de esa amistad, a saber, el haberles concedido vivir en intimidad con El; es decir, los llama amigos, porque antes los hizo sus íntimos.

¡Amigos! Y, por consiguiente, iguales a Jesús: que es propio de la amistad suponer o producir la igualdad entre los amigos.

¡Qué palpitación tan pronunciada, tan vehemente del Corazón de Jesús el llamar amigos suyos a aquellos hombres! ¡Cuánto ha tenido que bajar El y cuánto ha hecho subir a ellos para establecer entre El y ellos la igualdad de amigos!

Y ¿por qué amigos? Porque lo conocen más y mejor que todos los demás, y porque lo aman tanto, que padecen las mismas penas y pasan por las mismas pruebas que El.

(1) (Lc. 22, 28).

Por esa intimidad de conocimiento y de amor son elevados al inapreciable honor de la amistad con Jesús.

Detengámonos a gozar de esa divina pedagogía de Jesús en la formación de sus Apóstoles.

Antes que Apóstoles suyos y Maestros del mundo, los quiere *amigos íntimos*.

Para eso, y sólo para eso los retiene consigo antes de enviarlos a predicar.

Una pregunta a mí

Yo, por mi estado y consagración, apóstol y amigo de Jesús, ¿me doy cuenta del motivo por el que se me da tan extraordinario honor?

¿Me entero bien de que llevo con verdad y con justicia el nombre de amigo de Jesús, en tanto en cuanto lo conozco y lo quiero y lo trato con intimidad?

¿Me persuado de que apostolado de Jesús sin que le preceda y acompañe trato íntimo de Jesús, es como doctor no docto, como soldado sin valor ni armamento, cuerpo sin alma, como amigo sin amistad?

¡Cuánta luz para confirmar la debida respuesta a esas preguntas, dan estas palabras que pone San Juan en boca de Jesús en la hora de los últimos encargos

de la noche de la cena! «Vosotros daréis testimonio, porque *estáis conmigo* desde el principio» (1).

Subrayo el *estáis conmigo*, para que resalte la razón y el valor del testimonio que habían de dar de Él.

Esta es la cadena: apóstoles, en cuanto testigos, testigos en cuanto amigos; amigos, en cuanto íntimos... Romped o quitad uno de los eslabones, y frustraréis la obra maestra de Jesús, y la acción de su apóstol.

¡Con qué razón y satisfacción podía exclamar después el evangelista San Juan a los fieles: «Lo que fué desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos y contemplamos y palparon nuestras manos tocante al Verbo de la vida... esto es lo que os anunciamos» (2).

¡Con qué precisión se revela en esta carta apostólica al apóstol, al testigo, al amigo, al íntimo de Jesús! ¡Dar testimonio de Aquél a quien vió, oyó, contempló, palpó! ¡Es decir, dar testimonio de Jesús de todos los modos conocido, sabido y saboreado!

¿No os parece, hermanos, que el secreto de no pocos fracasos y hasta esterilidades, está no en la falta de misión, sino en el

(1) (Jn. 15, 27).
(2) (I Jn. 1, 1).

vacío de amistad íntima con el Jesús que envía?

«Si no tienen espíritu —decía Santa Teresa de los letrados sin trato con Jesús— que no salgan de sus celdas, que harán más daño que provecho (1).

Lo que ordinariamente le dan los amigos

«Ya no os llamaré siervos sino amigos».

El Corazón de Jesús Sacramentado echa de menos en muchos, muchos de sus amigos el trato frecuente, afectuoso y personal con El.

No hablo de enemigos, ni de amigos traidores, sino de amigos en general.

Como son amigos, cumplen con más o menos diligencia y exactitud los Mandamientos de Dios, de la Iglesia, y de su estado, rezan más o menos distraídamente todos los días y practican obras buenas, pero... secamente, rutinariamente, casi sin hacer una visita, ni dirigir una mirada de afecto, ni una palabra, ni una jaculatoria de cariño a Jesús vivo en el Sagrario, es decir, sin intimidad con El.

(1) (C. III, 3).

¿Tiene Jesús derecho a algo más que a eso? ¿Tiene derecho a la intimidad de sus amigos con El? ¿Se gozará en esa intimidad? ¿Cumple con el deber de *amigo consagrado* de Jesús el que no aspira a la intimidad con El o no la procura?

Más aún, ¿se puede afirmar en rigor que cumple con los Mandamientos de Dios quien se pasa los días y los días sin tener para el Hijo de Dios un solo afecto de su corazón?

Respondo con palabras y hechos del mismo Jesús.

Cómo desea Jesús ser tratado

El Evangelio manifiesta claramente el deseo del Corazón de Jesús de que se le dé trato íntimo, afectuoso y personal, no sólo por sus amigos, sino por todos los fieles.

1.° A uno de sus Apóstoles, Juan, permite que recline la cabeza sobre su pecho, y a la mujer pecadora le deja ungir y besar sus pies.

2.° A veces llega hasta a aderezar la comida de los Apóstoles y les reprende que aparten a los niños de El y a éstos los acaricia y abraza.

3.° La paciencia y bondad con que res-

pondía a las preguntas, a veces extemporáneas, indelicadas, interesadas de sus Apóstoles y de los que le rodeaban.

A su sierva Santa Margarita María y a otras muchas almas ¡se queja tanto el Corazón de Jesús de lo que le duele esa sequedad y falta de intimidad de sus amigos!

4.° Otro indicio evidente del deseo del Corazón de Jesús de que se le diera trato íntimo y personal era su costumbre de preguntar, no ciertamente para saber, puesto que lo sabe todo, para poner en situación y en dulce necesidad de que se le abrieran y se le entregaran los corazones. ¡Cuántas veces la fórmula que precedía a sus grandes milagros era una pregunta! —¿En dónde compraremos pan para que coman éstos?, pregunta a sus Apóstoles antes de la multiplicación de los panes y de los peces. —¿Qué quieres de mí? —¿Qué me pides? —¿Crees esto? —¿En dónde lo habéis puesto? —¿Quieres curarte? —¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? —¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? —¿Me amas más que éstos?... Estas y otras innumerables preguntas son en el Evangelio el principio de un diálogo que termina por parte del Corazón de Jesús en una gran efusión de su misericordia y de su poder, y por parte de sus interlocutores, en otra gran efusión de fe viva y de ternura confiada y agradecida.

LO QUE QUITA LA INTIMIDAD CON EL CORAZON DE JESUS

Pero ¡son tan pocos los íntimos!

¿Por qué?

1.° *La falta de conocimiento experimental de Jesús.*

Hay muchos amigos que, conociendo *especulativamente* a Jesús, quizás todo lo que el Evangelio y la Teología enseñan, apenas lo conocen *experimentalmente*.

Saben *cómo debe ser Jesús;* pero no *cómo es*; saben que es bueno, misericordioso, omnipotente, sabio; pero no se han puesto ni se ponen a *probar* su bondad, su misericordia, su poder, su sabiduría. De ahí que *crean* mucho en El y se *fíen* poco de El; que prediquen, escriban y canten de El altas cosas y apenas se cuiden de meter su recuerdo y sus ejemplos en su vida ordinaria.

A estos conocedores de Jesús por fuera y desconocedores por dentro, ¡cómo puede repetirse la queja del Cenáculo: *«tanto tempore vobiscum sum, et non cognovistis me?»* (1). ¡Tánto tiempo entre ellos

(1) (Jn. 14, 9).

sin llegar a ser conocido! ¡Ah! ¡Si añadieran a aquellos estudios del Evangelio y de la Teología el pedir *con insistencia* al Espíritu Santo, enviado para *enseñar* toda la verdad, el conocimiento experimental, *afectivo y operativo de todo Jesús!*

2.° *La falta de conocimiento experimental de las palabras y hechos de Jesús.*

Cada palabra y hasta cada partícula del Evangelio y cada acto y rasgo de las escenas que cuenta, por ser de Jesús Dios y Hombre verdadero, contienen una esencia infinita de virtud y sabiduría para unir los hombres más a Dios, hacerlos más buenos y más parecidos al Hombre perfecto, Jesús.

Valga por otras muchas la escena de Emaús.

La palabra de Jesús peregrino pone «*cor ardens*» «corazón abrasado» (1) en los discípulos, aún sin reconocerlo, y el solo ademán de partirles el pan se lo revela todo entero.

Esas palabras y esos hechos, es verdad que se estudian, se contemplan, se exponen exegéticamente, estéticamente, críticamente por muchos; pero ¡se saborean, se rumian por tan pocos!

(1) (Lc. 24, 32).

¡Cuántas veces, después de haber oído sus bellos y científicos comentarios y de ver, lo poco o nada que consiguen, dan ganas de exclamar como el mismo Jesús ante la incomprensión de sus amigos: «Adhuc et vos sine intellectu estis?» «¿También vosotros estáis aún con tan poco conocimiento?» (1). ¡No se habían enterado! ¡Qué pocos amigos entran *dentro* de las palabras y de los hechos de Jesús, por no ponerse a saborear pacientemente, como el que saborea un caramelo, palabra por palabra, rasgo por rasgo, pidiendo y esperando que el Espíritu Santo les dé a gustar todo su sabor!

3.° *La falta de lógica.*

No sé que haya persona más perseguida y maltratada por la falta de lógica que Jesús, y singularmente de parte de sus amigos.

Los que niegan, los que no creen, esos faltarán a otras cosas no buscando a Jesús, pero no a la lógica.

Fijémonos sólo en la enorme inconsecuencia del Sagrario abandonado o poco frecuentado.

¿Cabe mayor falta de lógica que la conducta de los amigos de Jesús para con su

(1) (Mt. 15, 16).

Eucaristía en sus tres estados de Misa, Comunión y Presencia real?

Esos tres estados son tres índices excelsos de las generosidades del Corazón de Jesús para con los hombres, y a la par, tres índices tristísimos de las inconsecuencias de los hombres para con El.

Misa: cumbre y a la par base del culto, ocupación esencial del Sacerdocio, centro del Dogma y de la Moral, el gran resorte y el mayor estímulo de la ascética y de la mística...; mirad qué adjetivos le pone la inconsecuencia de los llamados amigos de Jesús: Misa no preparada, no agradecida, atropelladamente celebrada, no recordada ni deseada durante el día, no completada con el sacrificio personal propio, no tenida en cuenta para que el sacrificador y sacrificado de la mañana viva como hostia todo el día, es decir, ¡*Misa desperdiciada*!

Comunión: sin apetito ni paladeo, sin cooperación enérgica a la acción sacramental, sin gran deseo de recibirla y sin pena de perderla, ¡*Comunión desperdiciada*!

Presencia real: Jesús con sus ojos, su boca, sus manos, su Corazón abiertos esperando presencias, palabras, preguntas, peticiones, penas de amigos para dar mucho y darse entero y teniéndose que contentar con ver las puertas de la iglesia cerradas desde que se termina la Misa hasta el ratito de la tarde o hasta el día o el domingo siguiente. ¡*Presencia real desperdiciada*!

¿No os parece que son más consecuentes los enemigos de la Religión, destruyendo templos, que los amigos de Jesús dejándolos desiertos?

Me explico que un hombre o un pueblo a quien han imbuido el odio a Dios luche desesperada y rabiosamente por hacer desaparecer y raer su nombre y su Religión; lo que no tiene explicación en sana lógica es que se crea en Jesús vivo con todo lo que es y vale y se le abandone o apenas se le hable.

Falta de lógica de los amigos de Jesús, ¡cuánto le haces padecer!

Una gran causa de la falta de intimidad con Jesús: La falta de blandura de corazón.

Exprobravit... duritiam cordis (1).

La última palabra de Jesús al separarse de sus amigos para irse al cielo, fué

(1) (Mc. 16, 14).

una queja y un reproche contra su falta de fe viva en El y contra la dureza de corazón para con El: «Exprobravit incredulitatem eorum et duritiam cordis». «Les dió en rostro con su incredulidad y dureza de corazón.»

¡Triste testamento, en verdad, del Corazón del más bueno y tierno de los amigos!

Por eso yo pido a los queridos consagrados que me lean, se detengan unos minutos a responder a esta pregunta:

¿Cómo trato yo al Corazón de Jesús?

Cierto que, como dice Santa Teresa de Jesús, «no está el amor de Dios en tener lágrimas, gustos y ternura en la oración, sino en servir a Dios con justicia, fortaleza de ánimo y humildad» (Vida, XI. 13). Cierto también que ella se llevó dieciocho años buscándolo en la oración en gran sequedad «sin sacar gotica», pero también es cierto que un amor mudo, que con frecuencia no habla con palabra de la boca o con palabra del corazón, tiene por lo menos todas las apariencias de estar dormido o muerto, amor que no se complace sensible o racionalmente en recordar, mirar, agradar, echar de menos a aquel a

quien ama, o no es amor o de él tiene pocos grados.

Yo, tierno sin duda con los pequeñuelos, con los débiles, con los que padecen, con los que me quieren, y tal vez hasta con exceso, con peligro de mi alma, ¿soy tierno con el Jesús inmolado, entregado sin condiciones y paciente devorador de desprecios y abandonos de mi Misa, de mis Comuniones y de mi Sagrario? ¿Al que tantas veces me hace sentir su cariño y su poder misericordioso, me detengo yo en decirle alguna vez: ¡qué bueno eres! ¡te quiero! ¿Emprendo esta obra dura, venzo ésta repugnancia, perdono a este enemigo, me niego este gusto, no pongo esta mala cara, porque te quiero...?

¿Me pongo alguna vez en mis luchas y tentaciones a buscar, no hasta donde puedo llegar sin pecado mortal, sino cómo y cuándo debo decirme que *no*, para mejor cumplir su voluntad y hacer sólo su gusto? ¿Hablo, no de boca sólo, sino de corazón a corazón con el Jesús vivo de mi Sagrario y le cuento al menudeo mi día con sus luchas y desalientos, con sus caídas y vacilaciones, con sus penas y alegrías, con sus curiosidades y anhelos, con sus ganas de quererlo y tibiezas en recordarlo y en guardar su presencia afectuosa, y hago todo esto con la ingenuidad, la sen-

cillez, la certeza de que me mira, me escucha y me responde, como un niño sentado sobre las rodillas de su madre?

Santa Teresa de Jesús, maestra en este soberano arte de tratar a Jesús, decía que de los que así lo trataban, El «recibía con gusto hasta los desatinos».

¡Enhorabuena, amigos de Jesús, los que llegáis hasta el desatino con El! ¡Estaba tan harto, decía la misma Santa, de gente *cuerda*!

Una buena fórmula

¡Cómo tiene razón el Corazón de Jesús para estar dolido y harto de ver tanto amigo *cuerdo* que, estudiando libros y escribiendo páginas, predicando y ocupados en ministerios de El, no tienen tiempo ni ganas de hablar con El! ¡Cuánto más le gustaría a El y a ellos les convendría que le hablaran al modo de David en el Salmo 26, 8 y 9, que la Iglesia tan bien traduce en la melodía del Introito del Domingo infraoctava de la Ascensión: «Tibi dixit cor meum: quaesivi vultum tuum; vultum tuum, Domine, requiram; ne avertas faciem tuam a me». «Mi corazón te dice sin cesar: yo busco tu cara; sí, yo no dejaré de buscar tu cara con insistencia, Señor. No apartes tu cara de mí».

Ese, ese es el arte supremo del trato tierno, íntimo, personal con Jesús; buscar tras los velos de la hostia consagrada sus ojos, su boca y por la mirada de sus ojos, siempre abiertos para mirarme, y las palabras de su boca, siempre pronta para llamarme y responderme, ayudado primero de la fe viva y después de los dones que, si somos perseverantes, nos regalará el Espíritu Santo, entrar en comunicación y ponernos en contacto con su Corazón hasta meternos dentro de El.

El «Quaerite faciem ejus semper»: «buscad su cara siempre» de los Salmos es la fórmula y el secreto del trato tierno y personal con Jesús (1).

La gran respuesta

Los que habéis leído la vida de San Juan Bautista Vianney ¿recordáis la respuesta de aquel sencillo labriego que, al terminar su trabajo, se pasaba muy largo rato de rodillas ante el Sagrario de su Parroquia de Ars con la vista clavada en sus puertecitas?

¿Qué hacéis tanto tiempo ahí?, le pregunta el santo cura.

(1) (Salmo, 104, 4).

—Lo miro y me mira.

¡Preciosa traducción del «quaerite faciem ejus semper»!

Para hacer Dios, dice Santa Teresa de Jesús, grandes mercedes a las almas, quiere sea por manos de la sacratísima humanidad de Jesucristo». «La puerta por donde hemos de entrar, si queremos que el Señor nos muestre grandes secretos, es Jesucristo» (1).

Trato afectuoso con Jesús ¡qué tesoros guardas!

LOS SALMOS, MODELO Y PRUEBA DE COMO QUIERE SER TRATADO JESUS

Los Salmos son, a la vez que la más bella fórmula de la «alabanza» a Dios, una «enseñanza» preciosa. David cantando a su Dios, enseña a su pueblo a conocerlo, a amarlo, a agradecerle, a desagraviarlo y a pedirle.

Nada más efusivo, íntimo y personal como la alabanza de los Salmos. No es la alabanza del metro, ni del compás, ni del cálculo frío, ni del silogismo rígido. Es, según San Juan Crisóstomo, la satisfacción de una necesidad de nuestra naturaleza; es la explosión de un corazón que arde y que no puede contenerse, que alaba a su Dios cantando. ¡ya dijo San Agustín: «Cantare amantis est»! y canta recreándose en las maravillas y bellezas de El, de su poder, de su sabiduría, de su bondad, de su misericordia, y en su exaltación le da forma humana y se deleita en la contemplación de sus ojos, de sus miradas compasivas y conquistadoras, de sus oídos siempre propicios y abiertos, de su boca de miel y de luz, de las trenzas de sus cabellos, de sus manos y de las maravillas de sus obras, y de las huellas de sus pies, de su paso por la creación de los mundos, y vuelve sus ojos a sí mismo y sigue cantando la gratitud, la confianza, la contrición, el celo, la adoración, el temor, la alegría, los triunfos y las derrotas, y tanto lo que canta de Dios como lo que canta de sí, ¡con qué variedad de formas, grados, matices, y con qué intensidad y espontaneidad de afectos!

Los gritos, anhelos y afectos de los corazones de los hombres, desde los más grandes y sublimados hasta los más oprimidos y miserables, tienen en los Salmos de David su fórmula y su expresión.

¡Qué gran modelo, repito, de trato íntimo, afectuoso y personal con Dios son los Salmos!

(1) (Vida, XXII).

Y sube de punto el valor de esta afirmación y de aquel modelo, si se tiene en cuenta el carácter cristológico de los Salmos.

Jesús Hombre hablando con Dios y de Dios

En la mayor parte de los Salmos, si no en todos, se habla en nombre y representación de Jesús, o se cuenta por anticipado su vida y su obra por medio de la Gracia y de la Gloria.

Pío X, de santa memoria, ha proclamado con emoción: «Es imposible no sentirse inflamado de amor ante el pensamiento de que bajo la letra de los Salmos se deja adivinar la imagen misma de Cristo hábilmente delineada». (Const. Apost. «Divino afflatu»).

En los Salmos, si el sonido de la letra cuenta la historia del pueblo de Israel, la intención del Espíritu Santo, su inspirador, cuenta la prehistoria de la Iglesia, de su Cabeza y de sus miembros. En los Salmos, quien canta, quien ora y quien habla, o de quien se habla, es Cristo por boca de David.

Leyendo los Salmos podemos afirmar, sin miedo de duda: así canta Jesús, así siente, así ora, así habla a su Padre en las distintas circunstancias de su vida en la

tierra, viviendo con los hombres. ¡Cuántas veces nos presentan los Evangelistas a Jesús repitiendo Salmos o aludiendo a lo que en «los Salmos estaba escrito de El»!

¿Será faltar a las leyes de la lógica deducir de esa afirmación esta obra: así debo yo cantar, sentir y hablar ante el Jesús de mi Misa, de mi Comunión y de mi Sagrario?

¡Ah! ¿Tiene algún parecido mi oración formularia, casi siempre rutinaria y distraída, monótona, fría, sin los altos y bajos de la emoción y de la espontaneidad con el lenguaje movido, apasionado, graciosamente salpicado de resoluciones, entregas, agradecimientos, preguntas y respuestas, mojado con lágrimas de contrición, ungido con heroísmos de virtudes, armonizado con suspiros de esperanzas, con gritos de triunfo y con sollozos de súplica de los Salmos?

Este es el trato íntimo, afectuoso y personal que el Corazón de Jesús quiere y tiene derecho a esperar de sus amigos.

Aquel es el trato, si no de los malos amigos, de los despegados.

¡Qué triste adjetivo para ponerlo a continuación de éste, infinitamente bello y sustantivo: ¡Amigo! ¡Amigo despegado de Jesús!

4.—Les confía su gran secreto

Lo que les dá

Sigamos con el Evangelio a la vista y el corazón pegado a la puerta del Sagrario, presentando la elaboración lenta, gradual y sobre todo misteriosa de los Apóstoles, tales como los desea y quiere el Corazón de Jesús y los necesita la Madre Iglesia.

Formación lenta

Y digo *lenta*, porque fué la obra en que Jesús se ocupó principalmente en sus tres años de vida pública y exclusivamente en sus cuarenta días de vida gloriosa en la tierra, dejándola al fin y al cabo sin terminar, para que la completara su Espíritu Santo.

Gradual

Digo *gradual*, porque llega hasta el asombro la delicadeza, el tacto, la paciencia con que en la elaboración del apóstol va amoldándose a la índole y a las circunstancias de cada uno para que cada día

fuera un poquito más apóstol que el día anterior.

Misteriosa

Y digo *misteriosa*, porque ¿no es un misterio y grande el contemplar esa lentitud y graduación en un Maestro de ciencia infinita y de recursos inagotables para llegar a la inteligencia más ruda y dominarla, y al corazón más duro y derretirlo? Misterio de respeto a la libertad humana, de conquista del hombre libre por amor y no por poder, y de represión misericordiosa de la Omnipotencia que con un *fiat* creó el cielo y la tierra, ¡cuánto me enseñas y cuánto alumbras las oscuridades del espíritu!

Sigamos, repito, el sendero misterioso por el que va Jesús formando a sus apóstoles.

En él hemos visto a Jesús:

1.º, dándose a conocer y haciéndose desear de los que van a ser sus apóstoles.

2.º, llamándolos por una temporada y despidiéndolos.

3.º, llamándolos definitivamente y nombrándolos apóstoles.

4.º, haciéndoles vivir con El en gran intimidad.

5.°, llamándolos amigos y conocedores de todas sus confidencias.

6.°, y sobre todo, confiándoles su gran secreto.

EL GRAN SECRETO DE JESUS

El divino Maestro no ha tenido ni enseñado dos doctrinas, como los fundadores de las falsas religiones antiguas, que tenían una para el vulgo y otra para los iniciados o sacerdotes. «Una Fe, un Señor, un Bautismo». Con estas palabras ha podido definir la unidad de nuestra Religión el Apóstol San Pablo (1).

La misma Fe es la de los Apóstoles y la nuestra.

Cómo se revela

Pero ¿quién puede negar que para encender aquellas «vera mundi lumina», verdaderas luces del mundo entero, que no habían de apagarse jamás, habría el Maestro de darles, si no doctrina distinta, sí más explicada, más fundamentada, más asimilada?

(1) (Efes. 4, 5).

El relato evangélico autoriza a afirmarlo. ¿Cuántas veces al regreso de las excursiones por los pueblos y aldeas y de las grandes predicaciones de Jesús se oye, apenas se sientan en la casa que los hospedaba, esta petición de los Apóstoles a Jesús: «Maestro, explícanos la parábola»?, y, cuando no esta petición, preguntas a las veces interesadas o indiscretas y machaconas: ¿por qué dijiste...? ¿cuándo se realizará lo que has dicho...? ¿quién pecó, él o sus padres? (1).

Una dificultad: era tan distinto, más, era tan contrario lo que Jesús venía a enseñar y hacer vivir de lo que pensaban, sentían, hacían, no ya el mundo de la gentilidad, totalmente en tinieblas, y aún el mismo pueblo escogido, Israel, enteramente carnal, esclavo de la letra que mata, repleto de prejuicios, desorientado y casi paganizado, sino también aquel mismo grupo escogido de gente sencilla y naturalmente buena y bien intencionada, era tan extraño, repito, el pensar, el querer, el sentir, el estilo de Jesús a todo eso que, puesto a enseñar, no por vía de ciencia infusa, como hubiera podido, sino por vía ordinaria de magisterio, aún con el inti-

(1) (Mt. 10, 10; 13, 36; 17, 18; 24, 3; Mc. 4, 10; Lc. 8,9; Jn. 9, 2).

mo contacto de los tres años de vida pública parece insuficiente para llevar a cabo aquella obra de renovación, restauración, reeducación y aún de creación.

¡Qué abismos de desemejanza entre el Sacerdote israelita de una parte y el Sacerdote cristiano de otra! ¡Qué distancia tan sin medida entre el fariseo y el escriba y el Sacerdote de la Antigua ley que describen los Evangelios y el Apóstol que se ve a Jesús elaborar en el Evangelio!

¡Cómo comprueba estas afirmaciones, entre otras, aquella recriminación que sale de los labios de Jesús contra sus enviados en los primeros ensayos apostólicos que le pedían fuego que castigara y consumiera a los pueblos que habían despreciado sus predicaciones! «No sabéis a qué espíritu pertenecéis» (1).

¡Cuánta paciencia debió y debe costarte, Jesús mío, meter tu espíritu en los que llamas y preparas para apóstoles tuyos! ¡Cuántas veces los de entonces y los de después y los de ahora te arrancamos la queja de «Adhuc vos sine intellectu estis»! ¿Todavía no me entendéis vosotros? (2).

Os decía antes que el Maestro Jesús

(1) (Lc. 9, 55).
(2) (Mt. 15, 16).

no tiene dos doctrinas, sino una; pero ahora os digo que para entender, interpretar, saborear, saber vivir esa doctrina hay que llegar a poseer, más que la letra, el espíritu de esa doctrina.

Esa fué precisamente la casi principal ocupación de Jesús Maestro en sus tres años de vida pública, a saber: dar a su pueblo su doctrina en sus palabras y obras y a sus Apóstoles, a más de su doctrina, su espíritu.

¡Ese era el gran secreto de Jesús!

¿En qué consiste?

¿En qué consiste el espíritu de Jesús?

Como Jesús no nos dejó escrito, como ahora se estila, el *libro del niño*, en el que está lo que debe saber el discípulo, y el *libro del Maestro* en el que consta lo que debe saber y hacer el maestro para que el discípulo aprenda, ni a viva voz dió a modo de catálogo graduado de verdades, preceptos o consejos, sino que sencillamente, como dice el texto sagrado, según las necesidades y las circunstancias iban pidiendo, *hacía y enseñaba*, no es cosa fácil meter en renglones escritos ese espíritu de la doctrina de Jesús; a saber: ver-

dades y enseñanzas en que muestra más interés o de más maneras inculcaba, puntos de vista preferidos, orientaciones u orientación única a que tendía, devoción que más infundía, resortes que preferentemente tocaba, ocupaciones que frecuentemente imponía, aspiraciones que fomentaba, premios y castigos con que sancionaba, y sobre todo sus modos, los modos cómo hacía, miraba, decía, recibía y sentía todo esto. Saber esto y procurar vivirlo lo más asimilado posible, eso es tener el *espíritu de Cristo* y ser apóstol cabal de Cristo.

¡Qué temas tan interesantes para un apóstol o aspirante al apostolado! ¡Qué ocupación tan útil, buscar a través de las páginas del Evangelio y de la Hostia consagrada el espíritu de Cristo!

Eso es conocer a todo Jesús, a Jesús entero.

Sin espíritu de Cristo, ¡qué apostolados más muertos!

¡Cuántas veces la esterilidad de apostolados brillantes viene del conocimiento fraccionado de El! Esto es, conocer erudita y científicamente las palabras y los hechos, sin engarzarlos en el espíritu de Jesús.

¡Cuántas veces la explicación de un pa-

saje del Evangelio deja frío e inmóvil al oyente, a pesar de que le dá toda clase de pormenores sobre la geografía de los lugares del Evangelio, las lenguas que hablaban sus personajes, las circunstancias todas que rodearon sus hechos o narraciones y todo lo que exige una adecuada exégesis! ¿Qué ha faltado a aquel aparato o esqueleto científico o literario? El espíritu con que el divino Protagonista hizo o dijo aquel pasaje. ¡Los esqueletos no atraen ni dan vida!

No se olvide que el primer fracaso de los apóstoles se debió a haber ido a predicar sin conocer el espíritu de Cristo. Así lo aseguró El mismo.

Evangelio santo y Eucaristía sagrada, dadnos a conocer el verdadero espíritu de Jesús.

¡El verdadero espíritu apostólico!

LA DEVOCION AL PADRE, ELEMENTO ESENCIAL DEL ESPIRITU DE CRISTO

En ese espíritu que, día tras día, palabra tras palabra, obra tras obra, se ve a Jesús transmitir y formar en sus apóstoles, no sólo en los tres breves años de su vida pública, sino en los interminables de

su vida eucarística, en ese espíritu, repito, ocupa a mi entender en primer lugar la devoción a su eterno Padre.

Y al estampar aquí la palabra devoción aplicada a Jesús con respecto a su Padre, me siento perplejo, porque ni el sentido más amplio ni el más estricto de la palabra devoción expresa toda la realidad que con ella quiero significar.

En qué consiste la devoción

La devoción que, según S. Tomás, es el acto espiritual de la voluntad de entregarse prontamente al servicio de Dios, y que es el acto principal de la virtud de la Religión, es amor, es renuncia propia, es acatamiento, es rendimiento, es piedad del hijo más bueno al más buen Padre, y todo eso sin titubeos ni cavilaciones, sino con prontitud, con urgencia, con delicadeza heroica en cada instante.

La devoción de Jesús a su Padre es todo eso; pero en un grado insuperado por nadie e insuperable, más que con prontitud, con espontaneidad que no pueden medirse, y no en una hora ni en un tiempo determinado, ni en una clase de acciones, sino en todas las horas y en todos los tiempos y en todas las acciones agradables y desagradables, menudas y grandes...

¡La devoción de Jesús a su Padre!

Cómo se destaca en el Evangelio

¡Destaca y resalta tanto en todas las palabras, acciones y aún gestos de Jesús en su Evangelio y en el misterio de su silencio y ocultación perennes en la Eucaristía esta devoción a su Padre!

Esto era aquel mirar antes que a nadie a su Padre, aquel hablar de su Padre y de la voluntad, de la gloria y de la vida de su Padre antes y más que de nadie, aquel ponerse a sí mismo, su voluntad y su gloria y su poder debajo de su Padre, este confesar una y muchas veces que en la tierra no tenía más ocupación, ni más alimento, ni más camino que hacer la voluntad de su Padre, ni más madre, ni más hermanos que los que cumplen la voluntad de su Padre, ni más punto de partida que la misión de su Padre, ni más término de llegada que volverse al Padre, ni más fin que darle y buscarle gloria.

Entrando en el mundo, se había profetizado de Él, dijo: No has querido hostias ni oblaciones... aquí vengo (1).

Y ese «aquí vengo» lo repite haciendo

(1) (Hebr. 10, 5).

de toda su vida un andar y subir constantes hacia el Calvario. ¿Qué más? La primera palabra que sale de sus labios que registran los Evangelios, testimonio de esa devoción y consagración de Jesús al Padre son: «¿No sabíais—dice a sus padres de la tierra—que en las cosas de mi Padre es necesario que yo esté?» (1).

La última palabra que de sus labios cárdenos y resecos de moribundo en la Cruz de su Sacrificio recogen los Evangelistas, para su Padre es: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (2).

Y después de resucitado, en los días que median entre su resurrección y ascensión a los cielos, ¡con qué dulzura paladea la próxima, la inminente reunión con su Padre en aquel suavísimo «Voy a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios!» (3).

Cómo palpita en la Eucaristía la devoción de Jesús a su Padre

Y como si para llenar ese excelso fin no fueran bastante su palabra y su acción, inventa y practica otro excelentísimo

(1) (Lc. 2, 49).
(2) (Lc. 23, 46).
(3) (Jn. 20, 17).

modo de honrar y glorificar a su Padre, como nadie ni nada podría glorificarlo: su Sacrificio perpetuo en honor de su Padre, esto es:

Haciéndose su Hostia perpetua

Su devoción no está satisfecha con ofrecerse y sacrificarse una sola vez a su Padre e instituye al pie del Calvario y en la víspera de subir a él un Sacerdocio eterno, cuya principal misión y ocupación había de ser ofrecer al Padre celestial el augusto Sacrificio de su Hijo en cada hora de cada uno de los siglos que le queden al mundo de vida y en todos los confines de la tierra. ¡No cabía más perfección ni belleza en la obediencia y devoción al Padre!

Haciéndonos sus hostias perpetuas

¡Grandioso plan, digno de un Dios! El hijo, por naturaleza, de Dios, se hace hombre, para hacer por la Gracia, que nos gana con su Pasión y Muerte, a los hombres hijos de Dios, que vean y conozcan a su Padre Dios con luz de su Hijo y amen a su Padre con el Corazón de su Hijo y le hablen con la boca y la palabra de su Hijo.

El Hijo de Dios hecho Sacerdote y Hostia de Dios para alabarlo, agradecerle, re-

pararlo e impetrarlo en nombre de los hombres como Él se merece y para que por medio de un Sacerdocio permanente de hombres se multipliquen indefinidamente sobre la tierra, no sólo la oblación real de su sacrificio, sino los Sacerdotes-hostias y los comulgantes-hostias de Dios.

¡El estado de hostia! Esa es la adoración perfecta, el acto supremo de la Religión, ¡devoción completa y perfecta al Padre que está en los cielos!

¡No puede llegar a más la piedad de un hijo ni desear más el amor de un padre!

¡Qué verdad tan bella y qué belleza tan verdadera es la obra que realizan en las almas el Bautismo y la Misa!

En el Bautismo muere con Cristo y queda sepultado el hijo de ira, el hijo del pecado y resucita hijo de Dios, hermano de Jesús, heredero con Él del reino del Padre: en la Misa el hijo adoptivo del Padre Dios ofrece, como Sacerdote, y se ofrece, como hostia, con Jesús Sacerdote-Hostia. Del Bautisterio salimos hijos de Dios, del altar salimos hijos sacrificados, hostias ofrecidas al Padre Dios.

La gran luz del Evangelio
y de la Eucaristía

Está la vida, la mortal y la eucarística,

de Jesús, tan llena, tan rebosante de devoción al Padre, de ansias por darlo a conocer y amar, y por desagraviarlo de tanta ignorancia, olvido, profanación y ofensas, que más parece, según la atinada observación del P. Faber, que vino a predicar y buscar la gloria y la reparación de su Padre que la salvación de las almas y que más se presenta como restaurador de la gloria del Padre que como Salvador del género humano, más víctima de reparación de la gloria de su Padre que víctima de expiación de los pecados de los hombres.

Cierto, que ama a las almas con amor inefable, que por los pecados del mundo ofrece su Sangre y su vida en expiación, cierto y de fe es que, «propter nos homines et propter nostram salutem, descendit de coelis et incarnatus est»; pero, tan cierto es también que en ese buscar y amar a los hombres y sacrificarse por ellos estaba, como motivo principal, el amor de su Padre y la reparación de la gloria de su Padre.

No conozco luz que arroje más claridad sobre los misterios del Evangelio y de la Eucaristía, como la devoción de Jesús a su Padre.

¡Qué bien se unían los dos motivos, el amor a su Padre y a los hombres, y los dos fines, la gloria del Padre y la felicidad de los hombres, en el fruto de toda la

Obra de Redentor y Maestro de Jesús, la multiplicación de los hijos y de las hostias de Dios! En el Corazón de Jesús no eran dos cosas: Dios y los hombres, sino una sola ¡su Padre!

Cómo la devoción de Jesús a su Padre contrarresta los pecados del mundo

¿Quién puede contar, ni cantar, ni medir, ni admirar debidamente la complacencia, el derretimiento de gozo del Padre celestial ante la devoción del Hijo en la tierra? Cuando pienso, y con pena que parte el corazón, la cantidad y la intensidad de ofensas al Padre Dios, tan bueno y tan santo, Criador y Conservador, que suben al cielo cada segundo de los siglos, desde el primer pecado de Adán y Eva, y desde cada punto de la tierra, me pregunto: ¿Cómo no salta en mil pedazos, herida por rayos de la ira de Dios, esta mala y hedionda covacha de iniquidades que se llama la tierra? ¿Cómo permite que la habite esta raza de ingratos, de cabeza dura, de corazón agusanado?

¿Sabéis con qué idea, con qué visión contrarresto y suavizo mis espantos? Una doble mirada: una al Padre en el cielo y otra al Hijo en la tierra, en esta tierra

nuestra; al Hijo honrando, glorificando al Padre desde el Pesebre de Belén y desde las tablas carcomidas y apolilladas del más pobre Sagrario, y al Padre complacido hasta la locura, si se puede hablar así, de las locuras de amor a Él de su Hijo. ¡Qué bien se siente reparado!

Aterra, es cierto, saber y pensar que aquí, allí, más allá, ahora y antes, y años y siglos antes y hasta el fin del mundo se blasfema contra el santo nombre de Dios, se pisotean sus Mandamientos, se llega hasta el odio a Dios, y no por este o aquel grupo de hombres, sino por miles, por millones de hombres, de mujeres, de niños, de niñas, de sanos, de enfermos, de ricos, de pobres, ¿quién puede contar el número de los pecadores contra Padre Dios?

¡Qué horror!

Pero cuando, después de eso, se puede decir, mirando a una parte de esta tierra pecadora: Aquí y por estas calles y en esas plazas y en esas montañas y sobre ese mar y bajo la sombra de esos árboles se posaron los pies del Hijo de Dios, cayeron gotas de su sudor, de su sangre, se sentó fatigado, sintió hambre y sed, derramó lágrimas, curó enfermos, resucitó muertos, perdonó a pecadores y se le oyó muchas veces exclamar: «Gracias, Padre mío... No como yo quiero, sino como Tú... Te glori-

fico, Señor de cielo y tierra»... (1), y más aún, mirando al mundo entero, se puede decir: en medio y en los suburbios de esa gran ciudad fastuosa y corrompida y entre las casitas y techos de paja de la retirada aldea o de la misión entre salvajes, tiene el Hijo de Dios una casita más veces pobre que rica, más veces abandonada que acompañada y desde las cuatro paredes de esas casitas sigue adorando y agradeciendo, desagraviando e impetrando al Padre que está en los cielos, cuando, repito, se ve y se oye y se siente al Hijo de Dios multiplicar en la tierra los modos y las finezas de la devoción a su Padre celestial, no hay que sorprenderse de oir abrirse los cielos para dejar pasar esta palabra de respuesta del Padre: «He aquí mi Hijo amado, en quien tengo todas mis complacencias» (2).

Y, sin que lo oigan nuestros oídos de carne, ¡cuántas veces esas ondas cargadas de miasmas pútridos de pecados e iniquidades serán atravesadas por aquella misma voz! ¡Mi Hijo! ¡mis complacencias!

¡Pobres pecadores! ¡qué sería de nosotros, si no fuera porque viviendo el Hijo junto a nuestras propias casas, en nuestra

(1) (Jn. 11, 41; Mt. 26, 39; Lc. 10, 21).
(2) (Mt. 3, 17).

misma tierra, las complacencias del Padre sobre Él desarman su ira sobre los pecados y los pecadores?

Cómo recogían los Apóstoles la devoción de Jesús a su Padre

Si el Evangelio no cuenta todo lo que Jesús dijo e hizo, en expresión de San Juan, ni se detiene en admiraciones ni elogios sobre las cosas estupendas que narra en concisión, al poner en labios de Jesús CINCUENTA Y SEIS VECES el nombre de su Padre y DIECIOCHO VECES la voluntad o el beneplácito de su Padre, ¿cuántas veces hace presumir que diría este augusto Nombre en su conversación ordinaria y más aún en la intimidad y en las confidencias con sus Apóstoles? ¡Cómo dejaría aquel dulce y majestuoso «mi Padre que está en los cielos» grabado en los oídos y en las almas de éstos en los tres años de convivencia!

Y no era sólo la repetición del nombre la que inculcaría, como nota dominante de la devoción de Jesús a su Padre, sino el gesto, la inflexión y el tono de la voz con que lo pronunciaba en las variadísimas ocasiones en que lo profería.

¡Cómo podría borrarse de la retina de aquellos felices confidentes de Jesús la so-

lemnidad del gesto con que los enviaba al mundo a predicar: «Como me envió el Padre, Yo os envío»! (1).

El aire augusto con que les decía: «Yo y el Padre somos uno» (2). «Nadie viene al Padre, sino por mí» (3). El acatamiento, confianza y ternura a la par con que les enseñaba a orar y oraba con ellos: «Padre nuestro que estás en los cielos...», la fijeza y claridad de su mirada cuando hablaba con su Padre invisible en los momentos que precedían a los grandes milagros, como en el de la resurrección de Lázaro: «Levantando Jesús los ojos al cielo, dijo: ¡Oh Padre, gracias te doy porque me has oído... Ya sabía yo que siempre me oyes... «Lázaro, sal fuera» (4), y la terrible serenidad con que defendía la santidad de la Casa de su Padre contra los mercaderes profanadores, y la veneración del Sacerdocio de su Padre contra los sacerdotes soberbios e hipócritas.

Cierto que el Evangelio siempre nos presenta a Jesús orando solo, y que en esa dulce ocupación pasaba noches enteras; pero ¿no eran el día y la noche y todos

(1) (Jn. 20, 21).
(2) (Jn. 10, 30).
(3) (Jn. 14, 6).
(4) (Jn. 11, 41-42).

sus minutos una oración o conversación no interrumpida con su Padre, aún en medio de los hombres y aun tratando con ellos? ¡Cómo se darían cuenta sus amigos del curso de aquella conversación interior con el Padre por la dirección de su mirada, por el acento de su voz, por las pausas de su silencio, por los suspiros de su pecho, por la respiración anhelante, por el color de sus mejillas y hasta por las lágrimas en que se desbordarían las ternuras y desagravios de aquel Corazón de Hijo loco por su Padre!

Cómo acreditan los Apóstoles la devoción heredada al Padre celestial

Jesús va dejando a sus Apóstoles contagiados de la *dolencia* que toda su vida en la tierra padeció su Corazón de *hambre sin hartura* de devoción al Padre celestial. Buenos síntomas son la delectación con que San Pedro nombra en sus Epístolas al Padre de nuestro Señor Jesucristo y las veces que San Pablo lo invoca, que apenas hay una página en que no lo nombre, y la frecuencia con que el Apóstol San Juan y las otras Epístolas de los Apóstoles lo repiten, o a El aluden. Pero el mejor y más elocuente de todos los síntomas de

esa devoción de los Apóstoles al Padre celestial era su afán, su locura para llegar a ser *hostias del Padre* como Jesús.

Eso explica aquel olvido de ellos mismos, aquel no reparar en molestias, peligros y hasta en ser anatemas por sus hermanos y aquel ir gozosos a la presencia de los tiranos y aceptar con gallardo desprecio la muerte *pro nomine Jesu*, ¿para qué? Para llegar a hacerse hostias vivas, santas y agradables a Dios (1).

Dos palabras de San Pablo en pleno apostolado cantan bien a las claras hasta qué punto habían llegado a identificarse en su alma la devoción al Padre y su ansia de ser *hostia y hacer hostias* a cuantos predicaba; se define como apóstol así: «Christo confixus sum cruci ut Deo vivam» (2). A fin de vivir para Dios, estoy clavado en la Cruz juntamente con Cristo.

Ese es el apóstol: un crucificado perpetuo con Cristo para gloria del Padre que está en los cielos. ¡Una hostia de Dios que anda y que habla!

A los apóstoles en cruz se les puede profetizar lo que el Maestro profetizaba para cuando Él estuviese crucificado: «Omnia

(1) (Rom. 12, 1).
(2) (Gal. 2, 19).

traham ad meipsum!» ¡La atracción universal! (1).

Esa es también la cosecha que tarde o temprano recogerán los apóstoles hostias.

(1) (Jn. 12, 32).

TERCERA PARTE

COMO AMA A SUS ENEMIGOS

Los enemigos de Jesús

«Amad a vuestros enemigos» (1)

Tiembla la pluma entre mis dedos al escribir esas dos palabras: *enemigos de Jesús*.

Pero, ¿es posible que el dulce Jesús, el delicado, el manso, el que pasó su vida mortal y su vida eucarística sin hacer daño alguno, antes haciendo bien, tenga enemigos?

Hay palabras en nuestro vocabulario que, para honor del lenguaje, nunca debieron verse reunidas, como «Sagrario abandonado» y «enemigos de Jesús». ¡Qué mengua y qué bochorno para la familia humana!

¡Jesús tuvo y tiene enemigos, quizás más que amigos!...

Tan injusto, tan monstruosamente injusto es que Jesús tenga enemigos, que Él mismo pudo increpar a un grupo de ellos que un día trataban de apedrearle, con estas razonabilísimas palabras: «Muchas obras buenas os he hecho. ¿Por cuál de ellas me apredeáis?» (1).

(1) (Mt. 5, 44).

¿Quién puede argüirle de pecado o de algo mal hecho para odiarlo con razón? (2).

Repitamos con tristeza:

¡Jesús tuvo y tiene muchos enemigos!

¡*Y qué clase de enemigos*!

Suben de punto el asombro y la tristeza ante la reunión de esas dos palabras: «enemigos de Jesús», cuando se consideran las clases de esos enemigos y la clase de enemistad.

En tesis general os digo que a Jesús le salían y le salen enemigos precisamente de donde la justicia y la más elemental gratitud exigían que le salieran más acendrados amigos.

Ved, si no, el Evangelio: Jesús, por propia confesión, vino a evangelizar a los pobres (3), nació y vivió pobre para con su pobreza abrir tesoros inagotables en la tierra y en el cielo a todos los desgraciados, y precisamente eran los pobres los que formaban las muchedumbres que trataban de apedrearlo y pedían su muer-

(1) (Jn. 10, 32).
(2) (Jn. 8, 46).
(3) (Lc. 4, 18).

te ante el Gobernador Pilatos, y pobres han sido los que han incendiado sus Sagrarios, después de pisotear y profanar las Hostias Consagradas.

Jesús predicó, con autoridad y eficacia como nadie, el honor de Dios, la veneración del Templo, la sumisión a los Sacerdotes y a los príncipes, y es condenado a muerte por blasfemo, por enemigo del Templo y de sus Sacerdotes, por sedicioso y conspirador y suplantador del César, y todavía, a los veinte siglos de vida oculta y callada en los Sagrarios, el primero que se busca en cada pueblo por los corifeos de la religión del odio para destruirla es a El.

Jesús escoge doce hombres para asociarlos lo más intimamente a su obra, los hace apóstoles, los llama amigos, y de estos doce uno le niega y otro lo entrega traidoramente a sus verdugos, y después, ¿quién puede contar el número de traiciones a Jesús por bocas y manos consagradas?

¡Jesús mío, permíteme que ante ese espectáculo tan extraño y tan repetido de siembras tuyas de amor a nosotros, seguidas de cosechas de odio nuestro a Ti, te pregunte: ¿Qué clase de amor es el tuyo, qué clase de tierra es la del corazón humano que siembras trigo y sólo trigo puro y cosechas más cizaña que trigo?

¿plantas viñas y en vez de vino generoso cosechas hiel y vinagre? ¡Qué triste, qué desconsoladoramente triste es la respuesta a esa pregunta!

Jesús, en su vida mortal como en su vida eucarística, tiene por enemigos a muchos que si la justicia y la gratitud valen algo entre los hombres, debieran ser rendidos y entregados amigos.

A todos, o casi todos, desde los más altos a los más bajos, puede Jesús repetirles la amarguísima queja del Salmo 54 versículos 13 y 14: «En verdad que si me hubiese llenado de maldiciones un enemigo mío, hubiéralo sufrido con paciencia; y si me hablasen con altanería los que me odian, podría acaso haberme guardado de ellos. Mas tú, oh, hombre, que aparentabas ser otro yo, que comías conmigo dulces manjares, mi guía y mi amigo...»

Casi todos los enemigos de Jesús de ayer y de hoy han comido el dulce manjar de la Doctrina y de la Eucaristía o de la influencia bienhechora de Jesús, y todos, como a Dios que es, se lo deben todo.

¡Y qué clase de enemistades!

El Evangelio y el Sagrario nos dicen del modo más evidente y rotundo que Jesús es odiado por sus enemigos, no con el odio

que se estila entre los hombres, ni aún con la furia con que acometen a su presa las fieras más hambrientas, sino con un odio que no se parece a ningún otro humano y que los supera a todos.

Desde el *«vino a los suyos»* de la primera página del Evangelio de San Juan, *«y los suyos no lo recibieron»* (1) hasta el *«le dieron a beber vino mezclado con hiel»* (2) en la sed horrible de su agonía y el *«uno de los soldados abrió su costado con la lanza»* (3) después de muerto, poned, amontonad ingratitudes, crueldades, desprecios, sañas insaciables, refinamientos de maldades de diablos más que de hombres, y habréis tejido la historia de Jesús Redentor de los hombres en la tierra; y desde el primer sacrilegio con que Judas sella la institución de la Eucaristía y del Sacerdocio hasta el último robo y pisoteo de Sagradas Hostias de parte de los rojos de nuestros días, llenando los siglos que median con montañas de desprecios, abandonos y sacrilegios de todas maneras, tendréis hecha la mayor parte de la triste historia de Jesús Sacramentado entre los hombres.

---

(1) (Jn. 1, 11).
(2) (Mt. 27, 34).
(3) (Jn. 19, 34).

Jesús, exclamaba antes, tiene muchos enemigos, y añado ahora: ¡qué clases de enemigos y de enemistad!

¿Cómo ama y trata Jesús a sus enemigos?

Por las reflexiones y cuadros que he de seguir presentando sobre este tema, es de interés no olvidar que todos esos enemigos no solamente lo son *sin causa alguna*, como dice el Salmo 161: «persecuti sunt me gratis», sino que tienen motivos sobrados y razones ineludibles para ser sus amigos fieles.

¡Qué lecciones tan soberanas da a nuestro corazón egoísta el Corazón del Maestro Jesús tratando a sus enemigos!

¡Que el Espíritu Santo nos las haga aprender!

Porque, queramos o no, hemos de tener enemigos: si hemos sido malos, de entre los perjudicados; si siempre buenos, de entre los mismos beneficiados.

La gratitud es flor más de los jardines del cielo que de los eriales de esta pobre tierra.

Leo todas las páginas del Evangelio y miro uno por uno los Sagrarios de la tierra y saco esta convicción: Jesús en uno y otros está perennemente practicando el

precepto, quizás más difícil, que nos dejó: «Amad a vuestros enemigos» (1).

Y digo precepto difícil y el más difícil, porque ya lo hubiera sido mandarnos no odiar, ni hacer daño al enemigo o no querer vengarse del enemigo; pero no nos ha dejado un precepto negativo, sino muy positivo: «Amad al enemigo», y a fuer de positivo, incluye dar al enemigo estas tres cosas por las que se manifiesta el amor:

Primero.—Decir palabras buenas al enemigo.

Segundo.—Hacer obras buenas al enemigo, y

Tercero.—Dar cosas buenas al enemigo.



(1) (Mt. 5, 44).

1.—Les dice palabras buenas

Qué dice Jesús a sus enemigos

Ojead el Evangelio y allí veréis repetidísimamente que *Jesús no niega su palabra* a sus enemigos, por muy enemigos suyos y por muy torcidas intenciones que viera Él que traían. Habla con Fariseos y Saduceos y con sus emisarios, que sabía Él venían capciosamente a cogerlo en sus palabras (1), con jueces inicuos, satélites degenerados y con traidores, habla con todos los que se le acercan, por muy perversas intenciones y muy manchados de crímenes que vinieran, lo mismo en su vida mortal que en su vida de Sagrario, pues aunque en éste no habla con ruido de palabras, ¡ya se deja entender de los buenos y de los malos que se le acercan!

Una excepción registra el Santo Evangelio en ese proceder de Jesús de dar su palabra a todo el que la buscara por enemigo que fuera, y es el silencio impenetrable y hermético en que se encerró delante

(1) (Mt. 22, 15).

del adúltero y sacrílego Herodes y su prostituída corte.

Silencio, es verdad; pero silencio de Jesús, que, con su mirada baja y su porte digno, dijo, impresionó y pudo hacer más bien a Herodes, a sus cortesanos y a cuantos en el transcurso de los siglos los imiten, que el más elocuente discurso. Jesús siempre habla a los enemigos.

Y les habla:

A) SIN TURBARSE

Recordad aquella escena del tribunal de Caifás; un lacayuelo interrumpe la declaración que serenamente, atadas sus manos, daba Jesús al juez inicuo, con una estrepitosa y humillante bofetada en la cara y el apóstrofe adulador de «¿Así respondes al Pontífice?» (1). Jesús, sin perder su serenidad ni desconcertarse por el dolor ni por la humillación, se digna dar aquella respuesta que para mí constituye una de las principales pruebas de la verdad y santidad de su misión y doctrina: «Si he hablado mal, dime en qué, y si bien, ¿por qué me hieres?» (2).

(1) (Jn. 18, 22).
(2) (Jn. 18, 23).

B) CON PACIENCIA SIN FIN

¡Y cómo asombra hasta el enternecimiento esa paciencia de Jesús en responder, y hasta la indignación, la hipocresía y la obstinación de sus enemigos!

Unas veces es la licitud del censo al César (1), otras la interpretación de los Mandamientos de Dios (2), ora la santificación del Sábado o el matrimonio, ora las tradiciones legales, siempre cuestiones aparentemente sencillas, ingenuas, inspiradas en el mayor celo por la Religión y la Ley y siempre también intenciones rebosantes de veneno, deseos capciosos, ansias miserables de coger al Maestro en contradicciones, en oposición al César, al culto, al pueblo. ¡Cuántas y cuántas veces aparece Jesús en las páginas del Evangelio dialogando sobre estas clases de cuestiones y con grupos de esa clase de enemigos, sin que se altere el tono de su voz, ni relampagueen de ira sus ojos y sin que un gesto de cólera justísima disuelva o reduzca a polvo a sus arteros e incansables perseguidores!

¡Cuántas veces me he detenido admirado, confundido ante esa majestuosa con-

(1) (Mt. 22, 17).
(2) (Mt. 22, 25).

descendencia con que el Maestro, va respondiendo una y otra vez, como si tratara con interrogadores de buena ley, y con la misma majestuosa calma termina poniendo al descubierto las perversas intenciones con soluciones de luz clarísima!

Cierto que no rara vez esos diálogos terminan con la fulminación de un ¡hipócritas! o de un ¡sepulcros blanqueados!, que, dichos por aquella boca de verdad y firmeza y con aquel aire de indignación de todo un Dios, deberían caer como rayos sobre aquellas cabezas y sobre aquellas conciencias; pero es cierto también que nunca trató de defenderse, con esos rayos, de ataques personales contra Él, sino para defender las dos cosas que más empeño mostró siempre en defender: su Padre y los niños y los indefensos.

C) Sin denuestos ni acusaciones

¡Está tan pronta en los labios del ofendido la palabra agria, zahiriente, mordaz, despectiva para el ofensor!

Registrad el Evangelio; fuera de esos dos casos de defensa de su Padre o de los pequeñuelos indefensos, Jesús no se ha defendido de sus enemigos con palabras que pudieran molestarles.

Ha podido poner muchos y muy duros calificativos a los procederes de los Herodes, de los Pilatos, de los Caifás, de los Judas, de los fariseos y de tanto enemigo emboscado o descubierto como lo cercó en su vida pública; y, si estaban ausentes, no los nombraba, y si presentes, llegaba a veces al colmo de la mansedumbre.

D) Excusándolos

A Pilatos dice, cuando, débil y cobarde, lo iba a entregar a las turbas: «El que me entregó a ti, tiene mayor pecado que tú» (1).

A Judas, de acuerdo con los enemigos de la traición, ¡con qué delicadeza le predice lo que trama en sus negras entrañas delante de los once, sin que ninguno se diera cuenta, y hasta regalándolo con el pedazo de pan mojado en la salsa! (2).

Y para sus enemigos todos, seductores y seducidos, en el momento mismo en que ejecutaban su muerte y saciaban su odio, ¡qué excusa tan amplia, tan inmensamentemente amorosa de «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!...» (3).

(1) (Jn. 19, 11).
(2) (Jn. 13, 28).
(3) (Lc. 23, 34).

E) PERO SIEMPRE VERAZ Y JUSTO

Tened, sin embargo, en cuenta que jamás esa mansedumbre con sus enemigos fué a costa ni de la verdad ni de la justicia, sino fruto de su grande e inextinguible caridad.

La mansedumbre de Jesús para con sus más poderosos y acerbos enemigos jamás fué pusilanimidad y cobardía, ni disimulo o diplomacia de prudencia de la carne, ni adulación.

Habla siempre, a amigos como a enemigos, la verdad. «Si os digo la verdad ¿por qué no me creéis?» (1), dice a una turba de enemigos.

«Yo a esto he venido al mundo, a dar testimonio de la verdad» (2), y a sus jueces, que le preguntan por su doctrina, puede decir sin rebozo y con santa gallardía: «Yo he hablado siempre delante de todos y nada he dicho ocultamente... Preguntad a los que me han oído...» (3).

El, porque no habrá llegado su hora de entregarse a la muerte, se esconderá algunas veces de sus enemigos, pero su doctrina, su verdad, la misión que le ha con-

(1) (Jn. 8, 46).
(2) (Jn. 18, 37).
(3) (Jn. 18, 20-21).

fiado su Padre jamás serán ocultadas ni disimuladas.

Y lo que digo de su indisoluble unión con la verdad, repito con la justicia.

El llevará la mansedumbre y la condescendencia para los procederes y las intenciones de sus adversarios hasta el límite de lo inverosímil, ¡no se olvide!, sin rozar lo más mínimo la esfera de la justicia. Con la misma serenidad de cara y dulzura de expresión dará la sentencia suprema de salvación o de condenación eternas: «El que creyere y fuere bautizado, será salvo; el que no creyere se condenará» (1). «Venid, benditos de mi Padre...; retroced, malditos, al fuego eterno...» (2).

Con la misma suavidad y dulzura acaricia y ofrece el reino de los cielos a los pequeñuelos que se le acercan o presentan que dirá a los que escandalizan que, «más les valiera no haber nacido o que se arrojaran al fondo del mar con una piedra de molino al cuello» (3).

Así habló Jesús

a sus enemigos en su vida mortal y así

(1) (Mc. 16, 16).
(2) (Mt. 25, 34-41).
(3) (Mc. 18, 6).

sigue hablando en su vida de Sagrario. Pues, ¡qué!, ¿no se parecen este callar y ocultarse del Sagrario un día y otro día ante el sacrílego que profana y el ingrato que olvida y abandona y aquel hablar con sus enemigos *sin turbarse, con paciencia sin fin, sin denuestos ni acusaciones,* antes *excusándolos,* del Evangelio? Más que parecidos, esos dos modos son idénticos, como palpitaciones de un mismo Corazón.

¡Así amó, así ama a sus enemigos!

¿Y nosotros? ¿Hablamos así a los que nos los han hecho o, sin saber por qué guardamos antipatías?

2.—*Les hace obras buenas*

El precepto del amor al enemigo no se limita a exigir buenas palabras para él; pide obras. Las obras, ha dicho San Gregorio Magno, son la gran demostración del amor.

¡Con qué piadoso interés insistía el Evangelista San Juan, «el Discípulo a quien amaba Jesús» (1), en esta gran demostración del amor! «Hijos míos, no amemos sólo con la boca y la lengua, sino con obras y verdad» (2). Y ese es el amor del que tan repetidos y altos ejemplos nos ha dejado Jesús amando a sus enemigos.

¡Lo que ha hecho y hace por ellos!

Comencemos por admirar

LO QUE NO HACE CONTRA SUS ENEMIGOS PUDIENDO HACERLO

Sin duda habréis leído en el Santo Evangelio algunos de esos encuentros difíciles,

(1) (Jn. 13, 23).
(2) (I Jn. 3, 18).

violentos, atrozmente injustos y vejatorios, rebosantes, de modo más o menos encubierto, de la más ruin envidia y crueldad de los enemigos con Jesús; y sin duda, también, heridos vuestros ojos y vuestro corazón del contraste tan vivo entre la acometividad tan agresiva y zafia de aquéllos y la paciencia y serenidad de Jesús, os habréis sentido como impulsados a exclamar: «Basta, Señor, de paciencia, y haz sentir a tus enemigos el peso de tu poder y de tu indignación!»

¿No habéis sentido ese mismo impulso ante los desmanes y las burlas ominosas de que ha sido víctima en nuestros días la Hostia pura, santa e inmaculada de nuestros Sagrarios?

Lo propensos que somos a castigar

¿Ante el Jesús vilipendiado del Evangelio y del Sagrario, no ha sentido y casi formulado nuestro corazón y quizás nuestra boca un anatema de muerte, de aniquilación de sus ridículos enemigos?

De Clodoveo, rey de los Galos, se cuenta que exclamó, al oír al Obispo de Reim, San Remigio, predicar la Pasión y singularmente la flagelación: «¡Ah! Si llego yo a estar allí con mis galos, no queda uno de aquellos vivo».

¡Y cuántas veces, durante la tragedia roja, después de la visión, lectura o narración de algunas de esas tan repetidas escenas, más propias del infierno que de la tierra, de escupir, acuchillar, pisotear las Sagradas Formas, el comentario que por todos se pone es el de: «¡Qué lástima no les hubiera venido un castigo ejemplar!»

Eso quiere decir que así ama Jesús a sus enemigos y que así no solemos amar los hombres.

El Corazón de Jesús, más propenso a esperar que a castigar

¡Cuánto amor supone y encierra ese no castigar de momento al enemigo, pudiéndolo hacer y hasta pareciendo que sería más ejemplar y evitaría repeticiones de esas mismas audacias y hasta el peligro de dudar de su poder y de su existencia! Porque esa ansia natural de venganza y de castigo justo contra el procaz enemigo del dulce Jesús, que se levanta en nuestros corazones, no es mala, antes es tan justa como natural, y Dios mismo ha impuesto castigos repentinos en el antiguo Testamento y con menor frecuencia en el nuevo, y ese mismo movimiento de ira justa se levanta también, hablando a nuestro modo, en el propio Corazón de Jesús,

que, por ser perfecto, es tan sensible a la alabanza y al cariño como a la injuria y al odio, y por ser justo, lo mismo siente la inclinación a premiar lo bueno que a castigar lo malo.

Esta postura de Jesús delante de los enemigos en el momento en que lo están ofendiendo, nos permite asomarnos al interior de su Corazón y casi, casi sentir en la palma de nuestra mano sus palpitaciones.

El Corazón de Jesús en el instante en que es ofendido

Detengámonos unos instantes contemplando la cara de Jesús en el sótano de la casa de Caifás o de la Hostia de Jesús dentro de un copón profanado; recibe un salivazo, dos, tres, muchos, acompañado de burlas soeces, blasfemias, o una bofetada o una puñalada, dada por manos y puñales manchados de sangre...

El Corazón rectísimo y justísimo y a la vez sensibilísimo de Jesús mide y siente en toda su abyección y malicia la ofensa, se yergue con un odio infinito y una indignación sin medida contra la ofensa a su Padre y a El, y se defendería contra ella y la castigaría fulminantemente, secando eternamente aquella boca y aquella mano, si no fuera porque, en la misma

medida que el odio a la ofensa sube el amor misericordioso al ofensor.

Y ese es el cuadro en el que hay que sorprender al Corazón de Jesús para conocerlo bien; los propios Angeles y ¿qué digo? el mismo Padre celestial se quedan como asombrados y enternecidos ante esos triunfos silenciosos del amor sobre el odio; esas victorias del amor, que prefiere esperar a que se arrepientan sus enemigos, sobre sus otros atributos de poder y justicia y sobre el asco natural del pecado, que piden y reclaman el fulminante aniquilamiento y castigo.

Si de las obras de Jesús se pudiera decir que valen más o menos unas que otras, yo diría que ese estarse quieto ante el que le ofende y zahiere y profana, en el Evangelio como en el Sagrario, es una de sus obras y acciones más grandes y más bellas y que más lo retratan y caracterizan, ¡más suyas! Llegará ciertamente la hora de la Justicia estricta, inapelable; pero antes, y deteniéndole el paso, ¡el amor!

¡A qué examen práctico tan provechoso nos invita ese estarse quieto y callado el Omnipotente, el Santo, el Justo Jesús, mientras lo ofenden y maltratan y hasta desafían!

En la flagelación vendan los sayones sus ojos, golpean su frente, coronada de espi-

nas; abofetean su santísimo rostro y, después de ofrecerle homenajes como a rey de burlas, se atreven a desafiarle: «Adivina quien te hiere» (1).

En la cruz, clavado ya en ella, se repite el desafío: «Si eres el Hijo de Dios, baja de la Cruz». «A otros salvó, que se salve El ahora». «Llama a Elías, a ver si viene Elías a salvarlo» (2).

¿Y nosotros?

¿Qué haces tú, pobre alma calumniada, injustamente perseguida o simplemente postergada o menos atendida, qué haces? O ¿te contentas con que el representante de la justicia humana te defienda? ¿Te callas? ¿Te quedas esperando y pidiendo el arrepentimiento de tu ofensor y el auxilio del que hace suya la causa de los que confían en El? O ¿vibras de ira, de rabia, de sed de venganza o de tomarte la justicia por tu mano? ¿Guardas un día y muchos días, como el reptil se oculta en la madriguera, tu odio y tu venganza para caer sobre tu enemigo descuidado? ¿Dejas de castigar a tu enemigo o de vengarte de

(1) (Lc. 22, 64).
(2) (Mt. 27, 41-44, 49).

él, no por parecerte a tu Jesús y por ser cristiano, sino porque no encuentras ocasión propicia para descargar el golpe sobre él, sin que te venga a ti otro mayor? ¿Es tu ansia de venganza tan honda y viva que la transmites a tus hijos y parientes y la mantienes, no sólo contra tu enemigo, sino contra todos los suyos y contra todo lo que de algún modo le pertenezca o se roce con él?

¡Qué abismo entre tu corazón lleno de rencores y envidias y ansias de destrucción!, y el Corazón de Jesús, vacío de prisa para castigar y lleno de misericordia y paciencia para esperar a los pródigos arrepentidos! Con qué pincelada tan fina describió el profeta Isaías, siglos antes de nacer Jesús, esa falta de prisa por castigar de su Corazón, cuando dijo: «No quebrará la caña cascada, ni apagará la mecha que humea» (1).

LOS MALES QUE LES EVITA

¿Por qué fué tan lejos en el amor?

Jesús puede aniquilar a todos sus enemigos y a cada uno en el momento mis-

(1) (Is. 42, 3).

mo en que le ultrajan, tanto en su vida mortal, como en su vida eucarística y no los aniquila.

A la ejemplaridad del castigo repentino ha preferido y ordinariamente prefiere la ejemplaridad de su amor sin prisa en castigar al peor y más sañudo de sus enemigos.

Ha venido a fundar un pueblo nuevo, un mundo nuevo, y la piedra que ha escogido para cimiento, y el aire y el agua y el alimento y el alma que lo conserven y dirijan, ha querido que sea su «gran mandamiento», su «mandamiento nuevo»: «Amaos los unos a los otros como Yo os he amado... amad a vuestros enemigos» (1).

Por esto en ese mandamiento, no sólo enseñado y promulgado, sino vivido y practicado hasta lo inverosímil por El, se condensa toda la doctrina y la vida del Maestro Jesús.

¡Cómo palpita ese Corazón!

Sigamos aplicando nuestro oído a las palpitaciones de ese Corazón cuando se pone a amar enemigos.

(1) (Jn. 13, 34; Mt. 5, 44).

Un aspecto muy interesante.

Corazón de Jesús, permítenos entrar en el «seno de tus delicadezas» para con tus enemigos, ¡más que seno, abismo! déjanos abismarnos en tu Corazón, cuando te pones a amar enemigos!

El Evangelio y la historia de tus Sagrarios apuntan algunas de esas delicadezas, ¡pero no lo dicen todo, ni aún la mayor parte!

Veamos al Corazón de Jesús:

Evitando a sus enemigos consecuencias desastrosas de sus maldades

Un día preguntan a Jesús sus discípulos: «Por qué causa les hablas en parábolas» (1).

La respuesta que les dá equivale a esto: Hablo en parábolas para que los sencillos de corazón, como vosotros, entendáis los misterios del reino de los cielos, y los soberbios no los desprecien y se endurezcan más.

¡Qué delicadeza en ese respeto al soberbio! ¡en ese no arrojarlos en el preci-

(1) (Mt. 13, 10).

picio de su soberbia y en ese esperarlos e instarles a que pregunten y se enteren!

Jesús es buscado multitud de veces por los fariseos para cogerlo en sus palabras, para perderlo, ponerlo en evidencia ante las turbas y apedrearlo.

Al modo de entender de nuestro orgullo, sentaría mejor una salida arrogante y retadora de Jesús ante sus enemigos, una mirada que los confundiera, un gesto de desprecio soberano, una palabra de sentencia fulminante... Pero mirad cómo responde, no la cara, ni la mirada, ni la boca de Jesús, sino su Corazón: «Pero Jesús, dice el Evangelio, entendiendo esto se retiró... y muchos «enfermos» lo siguieron, y a todos ellos los curó previniéndoles fuertemente que no lo descubriesen» (1).

Otras veces la respuesta de Jesús a sus sañudos perseguidores es ésta: «Jesús se escondió y salió del Templo» (2).

Jesús escondido, Jesús fugitivo, todo lo que bajas en humillaciones ante tus enemigos subes en delicadezas de amor ante tu Padre celestial y ante las generaciones de almas rectas que te siguen!

(1) (Mt. 12, 15-16).
(2) (Jn. 8, 59).

Otro aspecto de esas delicadezas

Figuráos que Jesús, ante esas irrupciones de odios y depravadas intenciones contra Él, en vez de esconderse y quitarse de en medio, hubiese optado por quedarse y poner al descubierto el contraste, entre la maldad de los intentos de sus enemigos y su bondad, ante aquellas muchedumbres que, locas de entusiasmo y admiración, le rodeaban y seguían, ¿qué hubiera caído sobre ellos? ¿Qué tempestad de denuestos y golpes mortales no se hubiera desencadenado contra ellos?

Pero Jesús no ama así:

Jesús se va, se lleva en pos de Él la muchedumbre con la que hubiera podido poner a raya la altanería de sus adversarios y, fuera ya del alcance de la vista de éstos, cura a todos los enfermos que le presentan y «manda» (¡qué fuerza probativa de amor! ¡qué palpitación tan fuerte de su Corazón es esta palabra!) ¡que no lo descubriesen!

¡Y en cuantas ocasiones de la vida de Jesús, tanto mortal como eucarística, se ve a ese mismo Corazón cuidar más de evitar males a sus enemigos que agravios injustos a Él!

¡Oh!, si a cada Comunión sacrílega, a cada irreverencia ante los Sagrarios, a cada

torcida intención o afecto depravado de los que andan cerca de El, respondiera con un ¡ay! de queja, con hacer sentir un dolor, aunque ligero, con una desaparición momentánea de sus sagradas especies, con un castigo repentino, ¡qué confusión, qué vergüenza, qué notas de infamia caerían sobre los atrevidos despreciadores de Jesús!

Pero Jesús se calla y se esconde y confía al celo de sus sacerdotes y amigos que preparen su «venganza» contra sus enemigos. ¿Sabéis cómo?, preparándolos para convertirlos a El.

3.—Les da cosas buenas

Dádivas especiales

Registrando el Evangelio, ¡cuántas veces queda el ánimo en suspenso ante la benevolencia y hasta la esplendidez de Jesús con ciertos personajes que sólo a la repulsión de la historia y al asco eterno tienen derecho por sus torpes e indignos procederes!

Sin detenerme en cada uno de los muchos casos allí registrados, cosa harto prolija, presento a vuestra vista este primer contraste de dignación de Jesús y de indignidad de enemigos suyos sin conocerlo. ¡Herodes y su corte!

SE HACE ANUNCIAR AL REY MALO Y A SU CORTE

«Habiendo, pues, nacido Jesús en Belén de Judá, reinando Herodes, he aquí que unos magos vinieron del Oriente a Jerusalén, preguntando: ¿dónde está el nacido rey de los judíos? Porque hemos visto en

Oriente su estrella, y hemos venido con el fin de adorarle. Oyendo esto el rey Herodes turbóse y con él toda Jerusalén» (1).

Aunque nacido en un establo abandonado, nace Rey, y, como se estila en las cortes reales, se mandan embajadores extraordinarios a dar la buena nueva a los reyes vecinos y amigos... Esos son los magos (¿reyes?), embajadores dignísimos del Rey recién nacido cerca del rey de Judá, Herodes.

¡Qué dignidad la de Jesús!

¡Qué indignidad la de Herodes y su corte!

La turbación de los cobardes, de los ambiciosos, de los injustos poseedores de lo ajeno, de la conciencia manchada... esa es la respuesta, la acogida primera que encuentra Jesús entre sus enemigos, ¡enemigos de un recién nacido!

Esta acogida se repetirá muchas veces en el Evangelio y en la Eucaristía... Ante Jesús sencillo e indefenso se turbarán hasta caer en tierra los esbirros del Sumo Sacerdote, cuando vayan a prenderlo en Getsemaní; se turbará Pilatos ante Jesús atadas las manos y reo ante su tribunal; ante Jesús callado y oculto en su Eucaristía,

(1) (Mt. 2, 1-3).

¡cuántos sacrílegos se han turbado y se turban!

Jesús no opone más defensa que o su silencio o su palabra: «Soy yo» (1).

Más dignaciones de Jesús a sus enemigos

SE HACE ANUNCIAR POR LOS SACERDOTES MALOS

«Y convocando (el rey Herodes) a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntaba en dónde había de nacer el Cristo «o Mesías». A lo cual respondieron: «En Belén de Judá; que así está escrito por el Profeta» (2).

Los embajadores de Jesús, siguen, sin pretenderlo, poniendo en evidencia el contraste entre la dignación de Él para con sus enemigos y la indignidad de éstos para con Él. ¡Pobres sacerdotes y escribas! ¡Qué triste historia de infidelidades a vuestro ministerio comenzáis a escribir en esta primera página sagrada! Si a aquellos mensajeros que ingenuamente habla-

(1) (Jn. 18, 5).
(2) (Mt. 2, 4-5).

ban de la estrella aparecida y confiadamente preguntaban por el Rey recien nacido, en vez de responderle con la boca y con vuestro dedo índice: «allí, en Belén», hubiéseis respondido con vuestros pies yendo con ellos a adorar al Rey prometido, ¡qué historia tan gloriosa hubiérais comenzado a escribir!

¡Cómo os hubiérais ahorrado aquella infamante denuncia de Jesús ante el pueblo: «Dicen y no hacen... haced lo que os dicen y no lo que ellos hacen» (1).

Jesús, sin embargo, hasta el fin de su vida mortal ha dado honor al Sacerdocio antiguo: ¡Qué respeto a la palabra de Caifás, Sumo Sacerdote: «conviene que uno muera por el pueblo»... El Evangelista llama a esto profecía del Sumo Sacerdote (2).

Sacerdotes del Nuevo Testamento, hermanos míos, cuántas veces al levantar entre mis dedos la Hostia de Jesús y presentarla a mis fieles en el «he aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo», me pregunto con miedo: ¿Después de presentarte tanto y darte tanto a los demás me quedaré yo sin Ti? ¿No sería lo más triste y funesto de un Sacerdote pasarse

(1) (Mt. 23, 3).
(2) (Jn. 11, 50-51).

la vida anunciando al mundo de todos los modos por sus ministerios: «Ahí está Jesús, este es Jesús, el Salvador está aquí», quedándose él a la postre sin Jesús?

¡Cómo atormenta mi alma oir y leer bellas cosas de Jesús, dichas o escritas por quienes con su vida, no muy conforme a la de Jesús, hacen recordar aquellas figuras hieráticas, erguidas, solemnes, con el brazo y el índice extendidos diciendo a los demás: «allí, id, que allí vive y se adora a Jesús» quedándose ellos en la comodidad y en el ruido de la ciudad, sin dar un solo paso hacia El...!

LOS ELOGIA CUANDO SE LO MERECEN EN JUSTICIA

Un hecho, que se repite frecuentemente en el Santo Evangelio, da ocasión a Jesús para poner de manifiesto la grandeza de su Corazón.

Los mal intencionados

Es frecuente ver en aquellas páginas a Jesús rodeado de arteros enemigos con intención más o menos disimulada de «tentarlo» o «cogerlo en su palabra». Unas ve-

ces son los emisarios de los fariseos, saduceos o herodianos; son otras veces, los mismos fariseos y maestros de la Ley que, bajo la apariencia de discípulos o de admiradores suyos oían y preguntaban sobre los mismos temas expuestos por Jesús y siempre con la misma torpe intención: tenderle lazos.

Y digo que en estas ocasiones destaca y brilla la nobleza de su corazón de modo singular, porque, conocedor Él, como nadie, de las perversas intenciones que bajo aquellas apariencias de sumisión abrigaban, pudo una de estas tres cosas: sacar al exterior y echar en cara aquellas podredumbres interiores, poniéndolos en fuga vergonzosa, callarse y de esta suerte quitarles la ocasión de profanar su santa palabra con falsas y torcidas interpretaciones, o sencillamente hacer caso omiso de la presencia y de las preguntas de sus detractores.

Y aunque las tres medidas hubieran estado sobradamente justificadas, no las toma Jesús con sus enemigos, sino que, dejándolos estar a su alrededor, oír sus palabras y hacer sus preguntas capciosas, todavía tiene serenidad no sólo para responderles, sino para elogiarles, si algo digno de ello le decían.

¡Cómo se sienten debajo de esos elogios

a enemigos, palpitaciones extraordinarias del Corazón de Jesús!

La generosidad del Corazón de Jesús

Entre otros casos citaré el que describe el evangelista San Lucas (1): «Y se levantó un doctor de la Ley y le dijo por tentarle: Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna? Y Él le dijo: ¿En la Ley qué hay escrito? ¿Cómo lees? Y respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón... y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo: *Bien has respondido:* Haz esto y vivirás».

¡Qué contraste entre la nobleza del «Bien has respondido» y la capciosidad del tentador!

No se dá aún por vencido éste e insiste en su mala intención proponiendo a Jesús la cuestión tan debatida entre los fariseos, tan duros de corazón, sobre la extensión de la palabra prójimo.

—¿Quién es mi prójimo?, replica el doctor de la Ley.

Y Jesús, poniendo más patente su Corazón, responde con la tierna parábola del buen samaritano.

(1) (10, 25-28).

Aquel viajero a quien los ladrones despojan y dejan medio muerto en el camino, es cuidadosamente atendido y cariñosamente curado, no por el sacerdote ni por el levita que pasan, sino por el samaritano, es decir, por el enemigo de raza; el odiado para todo judío. El mismo mal intencionado doctor es obligado por la nobleza de Jesús a confesar que el samaritano por su misericordia para con el herido fué su prójimo.

¡Qué grandeza de corazón!

Saltando sobre intenciones arteras y sobre prejuicios de raza, para la respuesta buena del enemigo, Jesús tiene un elogio, así como para la acción buena del enemigo, no sólo un elogio sino dos consejos de vida: «Haz eso y vivirás». «Ve y haz tú lo mismo» (1).

Y ¡cuántas veces se ve a Jesús en su Evangelio premiando y elogiando con una mirada benévola o con una palabra de aprobación las cosas buenas de sus enemigos!

Y cuando miro a Jesús abandonado en tantos Sagrarios y busco explicaciones a aquel amor tan paciente, tan incansablemente paciente, y tan injustamente

(1) (Lc. 10, 37).

desairado, alguna vez paréceme encontrarlo en la magnanimidad de su corazón que está pagando con los beneficios de su presencia las cosas buenas que alguna vez han hecho o hacen los vecinos malos de sus Sagrarios.

Almas tacañas en dar a los enemigos y en discutir hasta el céntimo lo que les debéis ¿se parece vuestro proceder al del Corazón de Jesús elogiando y pagando lo bueno de sus enemigos, por muy enemigos que sean? No olvidemos: que el ser malos nuestros enemigos no nos autoriza a serlo nosotros.

DELICADEZAS DE JESUS CON ENEMIGOS

¡Delicadezas! Y no me retracto de calificar con esas palabras muchos rasgos de Jesús, en sus relaciones con sus enemigos.

Con ellos, no fué solamente paciente, resignado, generoso, magnánimo, sino que llegó hasta eso, ¡a la delicadeza! y más aún, delicadeza con el enemigo no arrepentido y en el mismo momento de perpetrar el daño.

La gran delicadeza

¡Con qué palpitaciones tan pronuncia-

das se siente al Corazón de Jesús diciendo, al recibir el beso con que su apóstol Judas lo traicionaba: «¡Oh amigo, ¿a qué has venido aquí?» (1). Grande, inmenso en su grandeza es Jesús predicando su sermón de las bienaventuranzas, descubridor de mundos nuevos de luz y de calor en cada una de sus parábolas y enseñanzas, inefable excusando a sus verdugos en el mismo instante en que lo crucificaban y dejaban morir entre horribles dolores y crueldades, pero ¿cómo llamarlo, con qué palabra calificarlo al decir esa palabra ¡amigo!, al hombre más monstruoso de la historia, al prototipo de la bajeza más abyecta, de la ingratitud más negra, de la perversidad más repugnante en el instante mismo de perpetrar su crimen?

Si Jesús no hubiera dicho nada en su Evangelio sobre el perdón de los enemigos y sobre el modo y la medida con que habían de ser tratados por sus discípulos, con esa sola palabra pronunciada en esas circunstancias, habría dicho lo suficiente para demostrar estas tres cosas:

1.ª Cual sea su *Mandamiento nuevo*, síntesis de toda la moral cristiana.

2.ª Hasta qué punto lo llevó El a la práctica.

(1) (Mt. 26,50).

y 3.ª Qué dimensiones tenía a lo largo, a lo ancho y a lo profundo el Corazón de donde brotaban esa palabra y ese gesto.

¡Amigo!

Es la palabra con que Jesús ha premiado, ha regalado, ha mimado a los escogidos que han permanecido con El los tres años de su vida pública, participando de sus trabajos, de sus dolores, de sus triunfos, de sus intimidades... «Ya no os llamaré siervos... sino que os he llamado amigos» (1), les dice al despedirse de ellos para ir a morir... ¡Amigos! es la palabra de la dádiva suprema, de la última efusión, del amor póstumo...

¡Amigos!, es más que siervo, más que discípulo, más que apóstol, porque es todo eso envuelto y saturado en la mirada más tierna de los ojos de Jesús, en el efluvio más perfumado de su boca, en el calor más ardiente de sus abrazos, en la efusión más caudalosa de su Corazón, en la seguridad más inconmovible de su predilección...

¡Ser nombrado amigo de Jesús! ¡Yo creo

(1) (Jn. 15, 15).

que entre los nombramientos que puedan firmar los hombres enalteciendo a otros hombres y que pueda firmar la misma mano de Dios en favor de sus hijos de la tierra, no hay ninguno que confiera tanto honor y suponga tanto amor como el nombramiento de *amigo de Jesús* hecho por el mismo Jesús.

Judas amigo

Y una noche llega Judas a Jesús con el alma más negra que la noche misma, con el corazón podrido a fuerza de abusos y de sacrilegios de finezas de Jesús, con la intención envenenada por la traición y la hipocresía, y llega acompañado de esbirros y gentuza para maniatar y prender y entregar a sus más encarnizados enemigos al dulce Maestro que tantas veces le había llamado «su amigo», y una hora antes había cenado con él y regalado con el pan mojado, y... se acerca a El y le da un beso en su cara... Chasquido del beso sacrílego, ¡cómo estarás resonando eternamente en los abismos del infierno!

Pudo escoger otra consigna para señalar a su víctima, una palmada, un grito, una mano levantada... ha preferido el beso de amigo.

Era la respuesta y la venganza del demonio a la dulcísima palabra: «Ya no os llamaré siervos, sino amigos». ¡El hombre amigo de Dios! ¡Cómo aplasta y tritura la soberbia del angel caído!

¿Qué responderá Jesús?

Es Dios y puede responder confundiendo y aniquilando al osado y sus maquinaciones. ¿Responderá Dios?

Es Hombre con sensibilidad tan fina, que aún tiene su piel mojada del sudor de sangre del espanto de lo que va a padecer. ¿Responderá el Hombre?

Responde el Hombre-Dios.

El Hombre, poniendo de nuevo en sus labios la palabra «Amigo» y Dios, haciendo palpitar su Corazón con el ritmo de su misericordia infinita, para que aquellos benditos labios la profirieran: «¡Amigo! ¿a qué has venido aquí?»

¡Amigo!

¿Pero, Jesús mío, todavía sigue siendo tu amigo ese monstruo? ¿Todavía lo invitas al arrepentimiento?

¿Todavía estarás dispuesto a perdonarlo, si se arrepintiera? ¿Todavía podría volver a seguir siendo «tu» amigo, viviendo como los que te fueron fieles?

Tu palabra ¡amigo! y la dulce serenidad con que la profieres, me da un sí solemne, esperanzador, cuyo eco eternamente re-

sonará en los cielos y en los oídos y en el corazón de todos los pecadores.

Los dos ecos

Y pasó aquella noche.

En aquel beso, Corazón de Jesús, sentiste el eco de otros besos casi infinitos, que seguirían cayendo sacrílegamente sobre tu cara consagrada... y de esos casi infinitos besos, ¡muchos, muchos de «amigos» como lo era Judas! Y no una sola vez como él, sino muchas, muchas veces!

Y Tú, diciendo sin cansarte con la misma dulce serenidad de aquella noche, sin morirte de pena o de espanto: «¡Amigo! ¿a qué has venido aquí?, ¿a mi altar?»

Chasquidos de besos de Judas revoloteando sobre Altares y Sagrarios, decid a los demonios, que os vomitan, que no conseguirán apagar las palpitaciones con que el Corazón de Jesús seguirá diciendo tan dulce y serenamente como en el Huerto de Getsemaní: «¡Amigo! ¿a qué has venido?»

Jesús, Jesús, perdona este desatino, no sé si de mi cabeza o de mi corazón: Yo sé que Tú ya no puedes morir; me lo dice mi Fe; pero, si por un imposible pudieras morir de nuevo, yo creo que tu muerte sería o de frío de tanto abandono en tus Sagrarios, o de asco de la baba de tanto beso sacrílego...



EPÍLOGO

¿COMO RECOGER Y SENTIR LAS PALPITACIONES DEL CORAZON DE JESUS?

Estas páginas que pretenden hacer sentir las palpitaciones del Corazón de Jesús en su Evangelio y en la repetición perenne y viva de Él, que es su Eucaristía, ¡qué felices serían, si consiguieran poner al mismo ritmo muchos, muchos corazones!

A ayudar a las almas de buena voluntad hambrientas y sedientas de encontrar, ver y tratar a Jesús en las intimidades de su Corazón, van dirigidas estas páginas, o sea: llevarlas al conocimiento, amor, trato personal e imitación de su Corazón.

MEDIOS

PRIMER MEDIO

Pedirlo mucho al Espíritu Santo

Decir con frecuencia:

Espíritu Santo, enséñanos por dentro y por fuera el Corazón de Jesús y esto nos basta.

Espíritu Santo, que a través del estudio y de la meditación de la Historia de la Iglesia, de la palabra de Dios y singularmente del Evangelio, descubramos y sintamos las intimidades del Corazón de Jesús.

Espíritu Santo, aviva nuestra fe en lo que fué, pudo e hizo y en lo que es, puede y hace el Corazón Sacerdotal de Jesús en el Evangelio y en el Sagrario.

Espíritu Santo, danos el *Don de Ciencia* con el que veamos y sintamos palpitaciones del amor del Corazón de Jesús en todas las criaturas espirituales y materiales que nos rodean.

Espíritu Santo, danos el *Don de Entendimiento* que nos abra caminos y descubra relaciones en todos los dogmas de nuestra Fe, en todas las verdades reveladas, en toda la vida de la Iglesia y de las almas con el Corazón de Jesús, Dios y Hombre.

Espíritu Santo, danos sobre todo el *Don de Sabiduría* para ver, saber, amar y saborear de todos los modos que pueda ser visto, sabido, amado y saboreado el Corazón de Jesús.

Madre Inmaculada y Patriarca San José, los que mejor supieron y saborearon el Corazón de Jesús en la tierra, dadnos parte en vuestras intimidades.

Angeles de nuestra guarda y de nuestros Sagrarios, dadnos a gustar algo de lo que siente el Corazón Sacerdotal de nuestro Jesús ofreciéndose inmolado en nuestras Misas, dándose sin reserva a los comulgantes buenos y malos, y viviendo oculto y callado en nuestros Sagrarios, singularmente en los abandonados.

Segundo medio

Meditación o un rato de conversación afectuosa cada día con Jesús Sacramentado, tomando el tema del Evangelio, y mirando su Corazón vivo en el Sagrario a través de ese mismo tema.

Asunto general para todos los dias

Cómo ama el Corazón de Jesús en el Evangelio y en el Sagrario. Puede distribuirse así:

COMO AMA A SU PADRE

I *Lo que dice de su Padre*:
1.° Los misterios que descubre; 2.° el camino para ir a su Padre; 3.° Uno con El y distinto de El.

II *Lo que dice y dá a su Padre*:
1.° Cómo lo alaba; 2.° cómo le dá gracias; 3.° cómo lo desagravia; 4.° cómo le pide; 5.° cómo le dá su voluntad; 6.° cómo le dá su alma; 7.° cómo le dá su cuerpo; 8.° cómo le dá su vida.

COMO AMA AL ESPIRITU SANTO

I *Lo que dice del Espiritu Santo*: 1.° descubre su misión; 2.° revela su oficio; 3.° lo que nos enseña pedir al Espíritu Santo.
II *Lo que dá al Espiritu Santo*:
1.° el encargo de completar la obra redentora del Sacerdocio; 2.° la distribución de sus méritos infinitos; 3.° la consumación de la santidad; 4.° la eficacia, fecundidad y conservación de su Sacerdocio.

COMO AMA A SU MADRE

I *Lo que dice a su Madre*:
1.° antes de existir; 2.° en su vida de la tierra; 3.° en su vida de cielo.
II *Lo que dá a su Madre*:
1.° en el primer instante de su ser; 2.° en cada instante de su vida terrenal; 3.° en la eternidad; 4.° lo que nos dá a los hombres, a los ángeles y a la Trinidad en la tierra y en el cielo por medio de su Madre.

COMO AMA A LOS BUENOS

I *Lo que les dice.*

1.° Los llama y los trata como discípulos; 2.° como Apóstoles; 3.° Amigos; 4.° Hermanos; 5.° hasta Madre suya; 6.° les descubre la explicación y el secreto de sus parábolas; 7.° sus profecías; 8.° les pregunta con interés por sus enfermedades, dolores, ansiedades.

II *Lo que dice de ellos*:

1.° Cómo elogia a los santos de la Antigua Ley y a San Juan Bautista; 2.° cómo alaba las acciones buenas de los gentiles de buena fe; 3.° cómo descubre la sinceridad de Natanael.

III *Lo que dá a los buenos*:

1.° Los mismos bienes que a sus enemigos, pero con mayor abundancia y complacencia; 2.° una condescendencia infinitamente paciente en soportar sus preguntas extemporáneas, sus intenciones no rectas, sus groserías e indelicadezas a veces, sus indiscreciones y deslealtades, no pocas; 3.° una generosidad inefable en darlo todo y darse todo; 4.° su doctrina; 5.° sus ejemplos aun en los pormenores más íntimos; 6.° su defensa; 7.° su Gracia; 8.° su Sacerdocio; 9.° su Eucaristía; 10.° sus Sacramentos; 11.° su Iglesia; 12.° su Madre por Madre nuestra; 13.° su

vida de méritos infinitos, de dolores incomparables, de virtudes eximias y de amor inextinguible; 14.° la gloria eterna; 15.° a su Padre; 16.° a su Espíritu Santo.

COMO AMA A LOS MUERTOS BUENOS

1.° Lo que promete y dará a los cuerpos de los muertos buenos; 2.° lo que promete y dá a las almas de los muertos buenos.

COMO AMA A LOS MALOS

I *Lo que no les dice y puede decirles*:

1.° Ordinariamente no dice palabras duras contra las personas; 2.° no condena sino a condición de que no se arrepientan; 3.° no maldice a las personas, aunque maldiga sus obras malas; 4.° las más veces calla ante sus ofensas y ataques; 5.° antes de increpar públicamente a sus enemigos, los amonesta privadamente.

II *Lo que no dice de ellos*:

1.° no descubre sus propias faltas a espalda de ellos; 2.° cuando necesita hablar de ellos, jamás exagera ni se apasiona.

III *Lo que les dice*:

1.° en las ofensas contra su Padre y en los escándalos para las almas y singu-

larmente para las de los niños, increpa severamente y califica con justicia el pecado; 2.° en las ofensas contra El, suele contestar no con protestas ni conminaciones sino con preguntas llenas de bondad y misericordia, que más expresan deseos de perdonar que de castigar.

IV *Lo que pudo darles y no les dá:*

1.° no impuso ningún castigo en su vida mortal; 2.° no se vengó de nadie; 3.° no levantó guerra ni persecución contra sus enemigos ni permitió que sus Apóstoles y las legiones de ángeles lo defendieran.

V *Lo que dá a sus enemigos:*

1.° los beneficios comunes naturales, como el sol, aire, agua, salud, etc., y los beneficios sobrenaturales como su presencia, su predicación, sus ejemplos y sus promesas; 2.° a los enemigos enfermos, endemoniados, necesitados de algún auxilio llega a darles remedios hasta con milagros; 3.° a los enemigos pecadores empedernidos, llega a buscarlos y, cuando no se dejan encontrar, hasta excusas en su favor alega; 4.° a los enemigos pecadores que no lo rechazan positiva y obstinadamente, aunque no le pidan perdón y absolución de sus pecados, les da gracias de conversión del alma y de salud del cuerpo; 5.° a los enemigos arrepentidos, que le buscan, dá honores y privilegios, se entrega sin reservas, y con mayor alegría que por la perseverancia de los noventa y nueve que permanecieron fieles.

NOTAS

1.ª Para hablar con el Corazón de Jesús vivo en el Sagrario sobre cada uno de estos temas, búsquese en el Santo Evangelio la máxima o la escena que lo confirma y con Fe viva en el sentido y en la virtud que guarda, por ser palabra de Dios, léase, medítese, saboréese, aunque por el pronto nada se vea ni se saque, y el Espíritu Santo premiará nuestra fe y constancia: ¡veremos y gustaremos!

2.ª Preguntémonos en cada tema de cómo ama El:

¿Amo yo así?

Concédanos el Espíritu Santo que el fruto de cada meditación sea sustituir los signos de interrogación de la pregunta por los de admiración.

¡Y yo!

INDICE

1.ª PARTE

EN BUSCA DE SU CORAZON

2.ª PARTE

COMO AMA A SUS AMIGOS

O B R A S

del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr.

D. Manuel González García

Obispo que fué de Palencia,
antes de Málaga y Arcipreste de Huelva.

Fundador de la Pía Unión de los Sagrarios-Calvarios



Meditaciones y lecturas espirituales

MI COMUNION DE MARIA.—Para enseñar modos y despertar ganas de preparar, agradecer y digerir bien la Comunión, 7.ª edición en tela, 6 ptas.

QUE HACE Y QUE DICE EL CORAZON DE JESUS EN EL SAGRARIO.—Viaje al País de las divinas sorpresas. 6.ª edición española, en tela, 6 ptas.

OREMOS EN EL SAGRARIO COMO SE ORABA EN EL EVANGELIO.—Desvanece todo pretexto para no orar. 3.ª edición, en tela, 10 ptas.

JESUS CALLADO.—Cartilla para aprender a callar. 3.ª edición española, en tela, 5 ptas.

"MI JACULATORIA DE HOY".—Colección de jaculatorias originales del venerado autor. 2.ª edición en tela, 5 ptas.; en piel colores, 10 ptas.

EL ROSARIO SACERDOTAL.—Meditaciones para Sacerdotes. En tela, 6 ptas.

FLORECILLAS DE SAGRARIO O EN BUSCA DEL ESCONDIDO.—Temas para meditaciones y conquistas de almas. 4.ª edición, 2 ptas. Agotado.

FLORECILLAS DE SAGRARIO.—2.ª Serie, 8 ptas.

EL CORAZON DE JESUS AL CORAZON DEL SACERDOTE.—(Ratos de Sagrario en tiempos de retiro.) 5.ª edición española, 0,50 ptas.

DECENARIO AL ESPIRITU SANTO.—(Por el Evangelio y la Liturgia.) 0,40 ptas.

NUESTRO BARRO.—Avisos y ejemplos para hacernos santos a pesar de él. 3.ª edición, en rústica, 6 ptas.

ARTE Y LITURGIA.—Estudio del arte y la liturgia en sus mutuas relaciones. 2.ª edición, en rústica, 3 ptas.

XXV LECCIONES DE COSAS PASADAS Y POR PASAR.—Recopilación de Pastorales sobre la guerra española. En rústica, 2,50 ptas.

EL DECRECIMIENTO DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES Y SUS CAUSAS.—Folleto, 0,25 ptas.

ASI AMA EL.—Palpitaciones del Corazón de Jesús en el Evangelio y en la Eucaristía. 10 ptas.

De la Pía Unión de los Sagrarios-Calvarios

"AUNQUE TODOS... YO NO".—Razón de ser y orígenes de la Obra. Libro de la lealtad al Señor más deslealmente servido. 6.ª edición, en rústica, 4 ptas.

MANUAL DE LAS MARIAS.—14.ª edición, 4 ptas.

MANUAL DE LOS DISCIPULOS DE SAN JUAN.—3.ª edidición, 4 ptas.

REGLAMENTO.—Organización y espíritu. 9.ª edición, en rústica, 3 ptas.

EL ABANDONO DE LOS SAGRARIOS ACOMPAÑADOS.—4.ª edición, en tela, 8 ptas.; en imitación, 6 ptas.; en rústica, 4 ptas.

Apostolado

LO QUE PUEDE UN CURA HOY.—Respuesta a esta pregunta: ¿A qué trabajar tanto si se consigue tan poco? Traducido a varios idiomas. 7.ª edición española, en rústica, 4 ptas.

APOSTOLADOS MENUDOS (1.ª y 2.ª serie). Recetas para ser apóstoles perennes a poca costa. 3.ª edición, en rústica, 2,50 ptas. cada serie.

GRANITOS DE SAL (1.ª y 2.ª serie). Aperitivos para las almas inapetentes. 5.ª edición, en rústica, 2,50 pesetas cada serie.

TODOS CATEQUISTAS.—Folleto 0,40 ptas.

Pedagogía Catequística

LA GRACIA EN LA EDUCACION.—Arte de educar con gracia. 2.ª edición, en rústica, 4 ptas.

SEMBRANDO GRANITOS DE MOSTAZA.—Los niños revelando su alma y los modos de cultivarla. 3.ª edición, en rústica, 10 ptas.

PARTIENDO EL PAN A LOS PEQUEÑUELOS.—Modos de llevar los niños al conocimiento, amor e imitación del Corazón de Jesús que vive en el Sagrario 6.ª edición, en rústica, 10 ptas.

CARTILLA DEL CATEQUISTA CABAL.—2.ª edición, en rústica, 2 ptas.

Cuadros escénicos

EL MEJOR VIAJE DE MARIAS QUE HA VISTO ESPAÑA.—1 pta.

TEATRO INFANTIL "RE-IN-E".—1.ª Serie, 3 ptas.

HOJAS DE PROPAGANDA EUCARISTICA Y MODESTIA CRISTIANA.—Más de treinta clases variadas.—Precios por millar desde 50 ptas. en adelante.



¡Cuántas veces la esterilidad de apostolados brillantes viene del conocimiento fraccionado de Él! Esto es, conocer erudita y científicamente las palabras y los hechos, sin engarzarlos en el espíritu de Jesús.

(Pág. 92)

Obispo
Manuel
González

ASI AMA EL



Precio: 10 pesetas